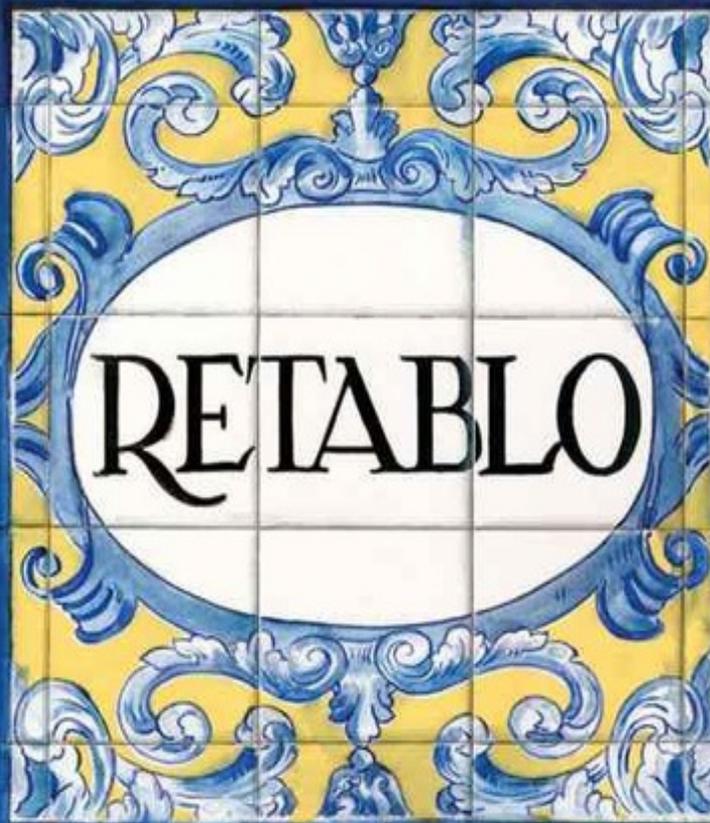


MARTA SANZ



Ilustrado por
Fernando Vicente



Marta Sanz

RETABLO

Ilustrado por Fernando Vicente

Marta Sanz, Retablo
Primera edición digital: mayo de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-646-7

Colección Voces / Literatura 280

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

© Marta Sanz, 2019
Representada por Agencia Literaria Ángeles Martín S.L.
© De las ilustraciones: Fernando Vicente, 2019
© De esta portada, maqueta y edición:

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

EXTRAÑOS EN UN TREN
(VERSIÓN AMARILLA)

BOTIQUINES Y NEVERAS

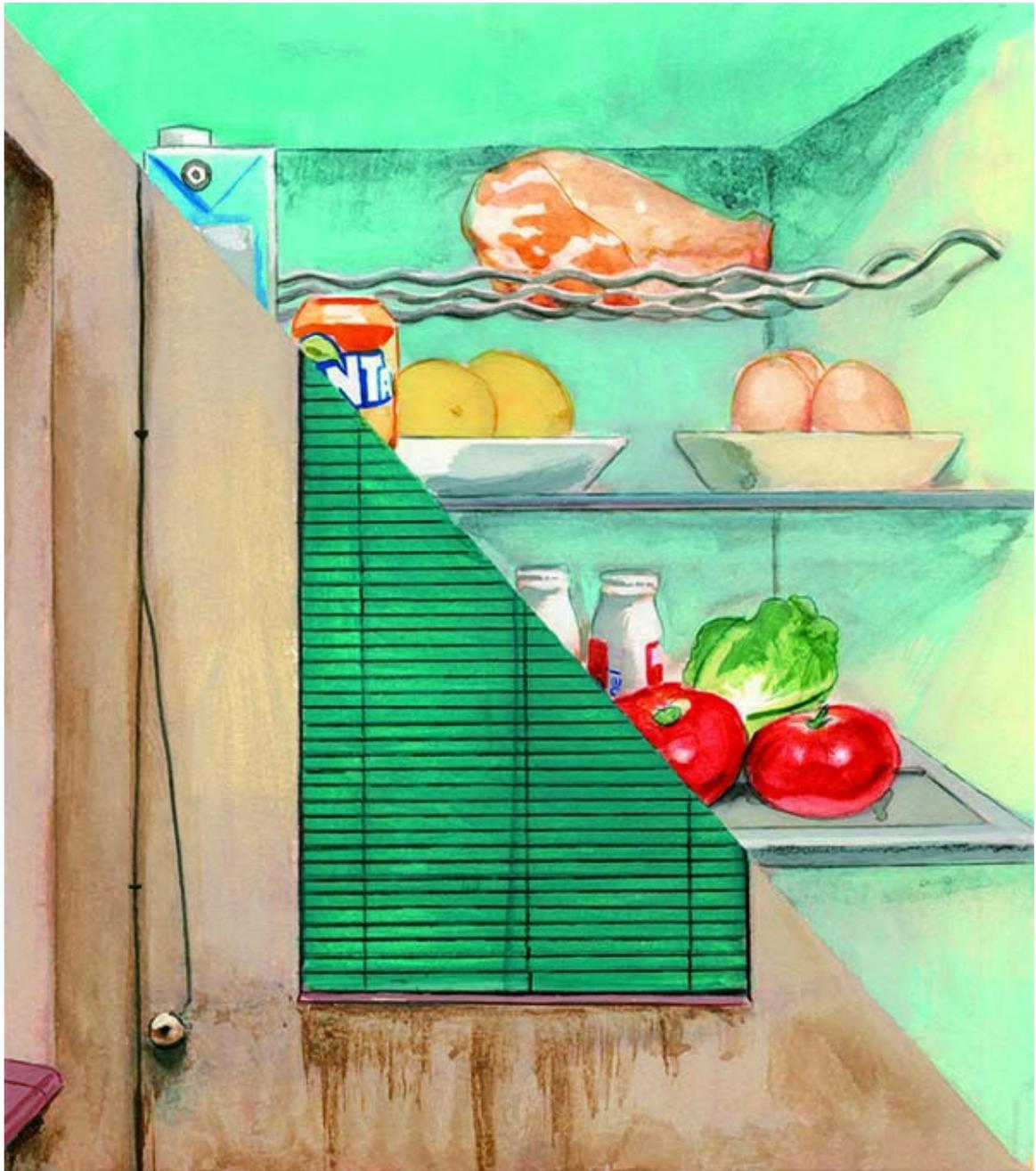
Almax, Karvea, Synalar nasal y rectal, Manasul, Eau Thermale de Avène protección 50, Aspirina, Sobrepin, Supositorios de glicerina, Hidrosaluretil, Hodernal, Orfidal, Phonal, Lizipaina y Frenadol. El botiquín de una mujer mayor de sesenta años, pecosa, estreñida y aquejada de hemorroides, hipertensa, con el colesterol alto y algo insomne a quien, además, le suelen sentar mal las tortillas de pimientos. Padece, como todo el mundo, un constipado o dos al año que suele coincidir con los cambios de estación. Una mujer normal. Una mujer fuerte. Incluso muy fuerte. Una mujerona. Residente en un barrio del centro de Madrid. Matilde Sebastián Prieto. Viuda. Sin hijos. Vive en compañía de su perro pachón, Felipe IV.

Masticad, un genérico de ibuprofeno y otro de paracetamol, Sofibrax, Movicol, Duphalac, Indasec, Lexatin, Ureadin, pastillas Ricola, Hemoal y Vispring. El botiquín de una mujer mayor de sesenta años que arrastra una osteopenia desde la menopausia, sufre frecuentes dolores de cabeza, molestias de garganta, enrojecimiento y escozor de los ojos y de la piel, pérdidas de orina, reumatismo y estreñimiento acompañado de ocasionales ataques de hemorroides no demasiado graves. Pérdidas de orina y hemorroides son la consecuencia de un único embarazo y parto. Una mujer normal que, como todas las mujeres —según fuentes publicitarias— sufre algún atasco del tránsito intestinal y se preocupa por oler como una muñeca de cera. A nada. Jubilada. Residente en un barrio del centro de Madrid. Ana María Pardo Martín. Viuda. Vive en compañía de su hijo, mayor de cuarenta años, divorciado, en paro.

Matilde tiene en la nevera: un tetrabrik de leche desnatada, dos limones, tres huevos, un paquete de pavo braseado, actimeles, una pechuga de pollo, dos tomates, un cogollo de Tudela, una lata de Fanta naranja, un manojito de plátanos envueltos en papel de periódico para que no se pongan negros.

Ana María tiene en la nevera: el arreglo del cocido, medio repollo, un bote abierto de melocotón en almíbar y uno de aceitunas rellenas de anchoa, un trozo de queso manchego semi-curado, doscientos gramos de chorizo, pan Bimbo, pastelillos industriales, medio kilo de sardinas sin limpiar, seis

huevos, un tetrabrik de leche desnatada enriquecida con calcio y uno de leche entera, medio limón, seis latas de Mahou.



RUMOR DE PATIO

Por la ventana de Matilde se escuchan a todo volumen las voces de los tertulianos histéricos de un programa del corazón. Matilde está un poco sorda, aunque ella no lo reconoce. Matilde, que es una mujer a quien le disgustan mucho los tópicos, cuando algún vecino protesta por el ruido de la tele, recurre a uno: «Es que me hace mucha compañía». Después, Matilde acaricia el lomo de Felipe IV que la mira con ese arrobo en la mirada que solo te puede dedicar un perro.

Por la ventana de Ana María nunca se oía nada. Como mucho, el chirrido de la polea de la cuerda de tender. Desde que llegó su hijo, se suele oír la voz de Ana María: «¿Has ido al paro?», «¿No vas a hacer otra cosa que jugar todo el día con la maquinita esa?», «¿Has ido al paro?», «Ahora entiendo por qué no te aguantaba tu mujer», «Me estás dejando sin ahorros», «Pero, hijo, ¿has ido al paro?». A veces, las cajas se destemplan del todo y Ana María despliega todos los recursos de su imaginación —tiene mucha—: «¿Por qué no te haces guardabosques? He oído que a los guardabosques les dan una casa». El hijo contesta: «La de los siete enanitos. No te jode...», «Maaaaaama», «Los guardabosques ya no existen. Tampoco los reyes magos», «Mariví era una bruja». «Déjame en paz, mama». El hijo de Ana María nunca dice «mamá», sino «mama». Ana María no entiende por qué: ella siempre ha puesto en su lugar los acentos, sabe lo que es una sílaba tónica, pronuncia las eses al final de los plurales y se matricula en cursos de pintura para la tercera edad. Ella alardea de matricularse en cursos de pintura en lugar de en cursos de internet. Ana María sabe lo que es el *feisbuk* pero le da igual y mira a su hijo con un gesto aparentemente indescifrable pero que en realidad tiene que ver con el pinchazo de sus hemorroides y la humedad de su incontinencia. Mientras, él, con el torso desnudo y las greñas demasiado largas, mastica chicles de eucalipto y hace solitarios. Parece un roquero. Caduco. Ana María nunca dice tacos, pero hoy piensa: «Joder, coño, la hostia puta». Los tacos se le quedan atravesados debajo de una costilla. Como un flato.

Ana María se pinta los labios, se echa una peinada, se cuelga el bolso.

Sale a la calle. Respira. Su casa le resulta una ratonera.

LEER ES BUENO

El buzón de Matilde contiene: publicidad de clínicas dentales y restaurantes chinos que sirven la comida a domicilio. Facturas.

El buzón de Ana María contiene: facturas. Publicidad de restaurantes chinos que sirven comida a domicilio y de un kebab nuevo que han abierto en la esquina, publicidad de peluquerías que no aplican la subida del 21% de IVA, publicidades de clínicas dentales y de ópticas. Una postal de su hermana Lulita que se ha ido de viaje cultural a Salamanca. Escribe Lulita con caligrafía inglesa: «El precio no incluye la comida. Salamanca es preciosa pero hace un frío de la leche. Te quiere. Lu». Publicidad de una academia de idiomas. El buzón de Ana María es el que queda más cerca del portal. Los repartidores llenan de publicidad su buzón antes de que un vecino, ocioso y malhumorado, los eche a la calle. Los repartidores cada vez disimulan peor. A través del telefonillo dicen: «Caltelo». Ana María les abre la puerta porque le hace gracia lo mal que se disfrazan los chinos buzoneros cuando fingen ser el cartero oficial del barrio. Ana María no cree que llegue a oír nunca la frase «Le traigo un certificado». Pero abre a los buzoneros porque le dan lástima. «¿Y si nos entra a robar una banda de albanokosovares?», los vecinos afean la conducta liberal de Ana María en las reuniones de la comunidad. Menos Matilde. Porque Matilde hace más o menos lo mismo y las dos saben que los repartidores de publicidad no son albanokosovares sino chinos. Rechinos. No se puede decir que Ana María y Matilde hayan forjado a lo largo de los años una gran amistad, pero siempre se saludan correctamente cuando se cruzan en el portal: «Buenos días, Ana Mari», saluda Matilde. «¿Qué tal está, Matilde?», se interesa Ana María. Matilde nunca responde con la verdad —hemorroides, insomnio, el jadeo perpetuo de Felipe IV—, pero a menudo piensa: «Qué vida más triste».

En el revistero de Matilde hay tres revistas del corazón atrasadas, periódicos gratuitos con los que envuelve el pescado y la fruta, cuadernillos de pasatiempos. Ana María no tiene revistero. No lee revistas. En la estantería del salón hay una *Historia del Antiguo Egipto* y una *Historia del Arte Universal* que compró a plazos a un vendedor que llamó a su puerta.

Ding dong. Su hijo le dijo: «Mama, te han timado». Ana María pensó que ella se gastaba su dinero en lo que la daba la gana y sintió el impulso de darle un capón a su hijo. Pero se contuvo y volvió a sentir el pinchazo del flato bajo la costillita.

En la mesilla de Matilde, hay un libro de Patricia Highsmith. *Extraños en un tren*. En la mesilla de Ana María, hay una biografía novelada de Wallis Simpson. Ni Matilde ni Ana María son grandes lectoras. Pero las dos coinciden en que leyendo les entra el sueño y en que leer es bueno. Por definición.



LA MUERTE DE FELIPE IV

Felipe IV se pone enfermo y Matilde, después de actualizar su libreta en la caja de ahorros, paga cien euros en la consulta del veterinario. El diagnóstico de Felipe IV no es muy esperanzador. Cuando va a la farmacia a comprar los medicamentos que le ha recetado el veterinario, la farmacéutica pregunta: «¿Usted sabe lo que valen estas medicinas?». La farmacéutica coge la manita de Matilde: «Es mejor sacrificar a Felipe IV». A la farmacéutica, de pronto, se le ilumina la cara: «Quizá haya otra solución. Le voy a mirar el tratamiento equivalente al de su perro en las patologías humanas. Las medicinas para los seres humanos son más baratas que las de los animales. Se lo voy a mirar y a hablar con un amigo mío que es veterinario». La farmacéutica, que durante unos segundos parecía una chiquilina, recupera su gesto de profesional adulta: «Pero no le aseguro nada». Matilde, en todo caso, se lo agradece mucho. Le pellizca un carrillo: «Solete».

Felipe IV se muere a los tres días dentro de su cesto de perro. La farmacéutica olvidó su promesa: «Yo la llamo, Matilde». Matilde siente de pronto un odio cerval hacia los tertulianos de la televisión, hacia los empleados del servicio municipal de recogida de animales muertos que se llevan a Felipe IV dentro de una bolsa de viaje, hacia el veterinario y, sobre todo, hacia la farmacéutica. A Matilde se le revuelve el estómago cada vez que se oye a sí misma decir: «Solete». Cuando se imagina a la farmacéutica cogiéndole la manita, dándole esperanzas.

Matilde escucha unos tacones que suben por la escalera. Pone el ojo en la mirilla. Ve cómo Ana María sube los peldaños hablando sola. Despotricando. Ana María cree que los tacos se le quedan dentro, como bolsas de aire, como caca retenida, pero las palabras que reza por lo bajinis mientras patea los peldaños puede oírlas incluso Matilde que está medio sorda. A Matilde se le enciende una bombillita en el cerebro. Abre la puerta de su casa. Sonríe a Ana María. Formula una invitación: «Ana Mari, ¿quiere usted pasar a tomar un café?».

AL PIE DE LA LETRA

Después de beberse un café —buenísimo— y de sincerarse, Ana María y Matilde saben que su situación no es la misma que la de los protagonistas de la novela de Mrs. Highsmith. Ana María, que no ha leído el libro pero se acuerda bastante bien de la película, recapacita sobre el hecho de que Matilde y ella nunca han sido amigas del alma; sin embargo, son vecinas hace años y se saludan cortésmente cuando se cruzan en el portal. «Vaya carro que llevas hoy, Ana Mari, ¡si casi no puedes con él!». Ana María jadea: «Mi hijo es un tragaldabas». Después, recupera el aliento y se retira un ricitito blanco de la frente perlada de sudor y se calla todo lo que de verdad tendría ganas de decir: «No me echa ni una mano». «Se me está comiendo los ahorros». «Es un vampiro». «Todo el día jugando con el ordenador». «Nunca debí autorizar su firma en mi cuenta». «¿Por qué no se lavará los dientes?». «¿Por qué no se hace guardabosques?». Hoy Ana María sí se lo cuenta todo a Matilde. Y se siente limpia, libre y desinflada.

Matilde y Ana María deciden pasar por alto sus pequeños encuentros. Tampoco hay que tomarse al pie de la letra el argumento de un libro.

De pronto, Ana María se percata de que el cesto de Felipe IV está vacío: «¿Y su perro?». Matilde contesta como un resorte: «Se murió». «Perra vida», reflexiona Ana María. Ana María y Matilde están hartas. Beben café. Meditan en silencio. Cada una se recrea en sus propias imágenes. En la pantalla de Matilde, por detrás de sus ojos, aparece el luminoso amarillo de una tienda de compra y venta de oro. «Compro oro», las letras negras sobre el luminoso amarillo son como las rayas de una avispa. «Empeñé mis joyas para curar a Felipe IV», dice Matilde. «No puedo más», se lamenta Ana María.

En la medida de lo posible, las mujeres deciden no volver a verse.

Luego, cada una por su cuenta, se ponen a maquinar.



PRENSA AMARILLA 1: EL CASO DE LA FARMACÉUTICA FILÁNTROPA

Rocío Tendero Muñoz, de treinta y ocho años, fue hallada muerta dentro de su farmacia, situada en la calle Apodaca de Madrid, a las ocho cuarenta y cinco del día 29 de septiembre de 2012. Han pasado ya seis meses desde que se produjera este acontecimiento luctuoso y rodeado de preguntas que aún no han encontrado una respuesta satisfactoria. Nuria Bau, empleada de Rocío, recuerda lo que sucedió: «Fue terrible». Al ir a abrir la farmacia, como cada día a las nueve menos cuarto de la mañana, Nuria tuvo un sobresalto. El candado de la reja estaba abierto. Nuria relata: «Se me vino a la boca el desayuno». Rocío se había quedado sola la noche anterior. «Vete, tranquila, Nuri. Cierro yo». Nuria entró en la farmacia con miedo. Agarró incluso el gancho con el que subían y bajaban un pequeño toldo. Se fue adentrando poco a poco en las partes no visibles de la farmacia. Los pasillos tapizados de estantes y cajones llenos de medicinas. Notó, por primera vez, un olor químico al que ella creía estar inmunizada.

Al acceder a la rebotica y dar las luces, Nuria hizo un descubrimiento macabro. Rocío, tendida sobre las baldosas, con la cabeza ladeada, mostraba una especie de costra o baba seca en las comisuras de los labios. El fonendoscopio de tomar la tensión estaba hecho un nudo alrededor del cuello. Nuria se acercó a tomar el pulso de Rocío: la farmacéutica estaba muerta. Nuria, entonces, echó por la boca el desayuno: el yogur, los cereales, el café con leche. Todo revuelto entre el agrio del jugo de la digestión y el amargor de la bilis. «Perdóneme por ser tan gráfica», se disculpa Nuria Bau.

El informe forense apunta la posibilidad de que Rocío Tendero fuese envenenada antes de ser aparentemente estrangulada con el fonendoscopio. De hecho, los leves hematomas del cuello y la tipología de las petequias podrían indicar que la asfixia que causó la muerte a Rocío no la provocó la presión de la goma del fonendoscopio sino alguna sustancia química que le cerró, con un cepo, la garganta.

Más allá de los pormenores científicos, nadie se explica los motivos de este asesinato brutal. La víctima era muy querida en el barrio. «Una mujer

siempre dispuesta a ayudar. No lo puedo entender. No, no puedo», dice Nuria Bau llorando a moco tendido. Todos los vecinos de la zona coinciden en destacar el carácter amable y la profesionalidad de la finada. «A mí me dio unas pastillitas que me arreglaron una cosita de la que prefiero no hablar», dice una señora tan diminutiva y anónima como su dolencia. «Yo le he dejado dinero a deber», dice un caballero con aspecto limpio, pero pobre. «Era una filántropa», remacha Antonio Claros, el portero de la finca donde se sitúa la farmacia que actualmente permanece cerrada.

El día de autos la policía observó que faltaban de los estantes de la rebotica varios medicamentos y cosméticos —inductores al sueño, laxantes, relajantes musculares, analgésicos, protectores solares, antiinflamatorios...— por lo que el robo parece ser el móvil más probable del delito. «Es cosa de profesionales. No hay huellas», comenta uno de los agentes que investigan el caso. Cuando preguntamos si la brutalidad del crimen, el ensañamiento del asesino, nos podría situar sobre la pista de una venganza personal, el agente descarta esa hipótesis: «La delincuencia común se ha internacionalizado». Pedimos una aclaración al agente. El agente se rasca la nariz: «Los albanokosovares y los rumanos son unos bestias».



PRENSA AMARILLA 2: LA EXTRAÑA DESAPARICIÓN DE UN LUDÓPATA

Rubén González Pardo, comercial madrileño en paro, de cuarenta y dos años de edad, divorciado, sin hijos, lleva ya seis meses desaparecido del domicilio materno donde residía desde su divorcio. Rubén salió de casa de su madre una mañana con destino a la oficina del INEM y ya no volvió más. Nadie lo vio entrar. Nadie lo vio salir. Aunque lo cierto es que el comportamiento de Rubén siempre fue de lo más sigiloso. «Parecía un fantasma», declara un vecino de la finca. «Era un maleducado», comenta una señora que se queja de que nunca le devolvía el saludo cuando se cruzaban por la escalera. Ana María Pardo Martín, madre de Rubén, expresa su desesperación: «No se puede vivir así». Se comenta que madre e hijo tenían roces. «Como todo el mundo», señala la presidenta de la comunidad. «Los tiempos son muy difíciles», remacha el administrador de la finca, cabizbajo, apesadumbrado. Añade: «Si lo sabré yo». «Se notaba que se querían mucho», dice otra vecina que llega al portal con la correa de su dóberman en la mano derecha y una bolsita verde supuestamente llena de caca de perro, en la izquierda.

En el momento de la desaparición de Rubén González, su madre estaba matriculada en un curso intensivo de pintura figurativa destinado a personas de la tercera edad. Los óleos de doña Ana María son realmente bonitos y, por si alguien albergaba alguna duda, proporcionan a la señora Pardo una coartada impecable. Ella resulta muy convincente: «¿Ustedes creen que una madre podría deshacerse de un hijo?, ¿no creen ustedes que han visto demasiadas películas?».

Esta publicación ha sabido, por fuentes que no puede desvelar, que el verdadero problema de Rubén González Pardo no eran los reproches de su madre que todos los vecinos escuchaban a través del hueco del patio de luces. El verdadero drama del desaparecido Rubén era la ludopatía. Una enfermedad que fue la causa de su divorcio y le hizo contraer deudas inasumibles para un comercial que, además, se había quedado en paro. «No me extrañaría nada que alguien le hubiera hecho una camisa de cemento»,

comenta con poco tacto, Mariví, la ex mujer de Rubén. «Aunque el Manzanares no es lo suficientemente profundo para tragárselo...». Mariví quizá es una de esas mujeres que han sufrido lo indecible y ya están de vuelta de todo. El misterio de la desaparición del parado ludópata sigue latente. Colea.



DEBILUCHA

Ana María perfila con un trazo granate el pétalo de la flor que queda más próximo al foco de luz del cuadro. Se aparta un poco para verlo mejor. Le está quedando muy bien. Respira la paz de su pisito. El silencio. En el estante de la sala, descansa su enciclopedia del Antiguo Egipto con las tapas limpias de la más mínima mota de polvo. Al echar otra ojeada al búcaro de flores que está pintando, nota que le pican los ojos. Los productos químicos que se utilizan para mezclar los pigmentos son muy perjudiciales para la salud. Puro veneno. Busca en el botiquín el frasco transparente del colirio. Frente al espejo del baño, se echa unas gotas. Parpadea.

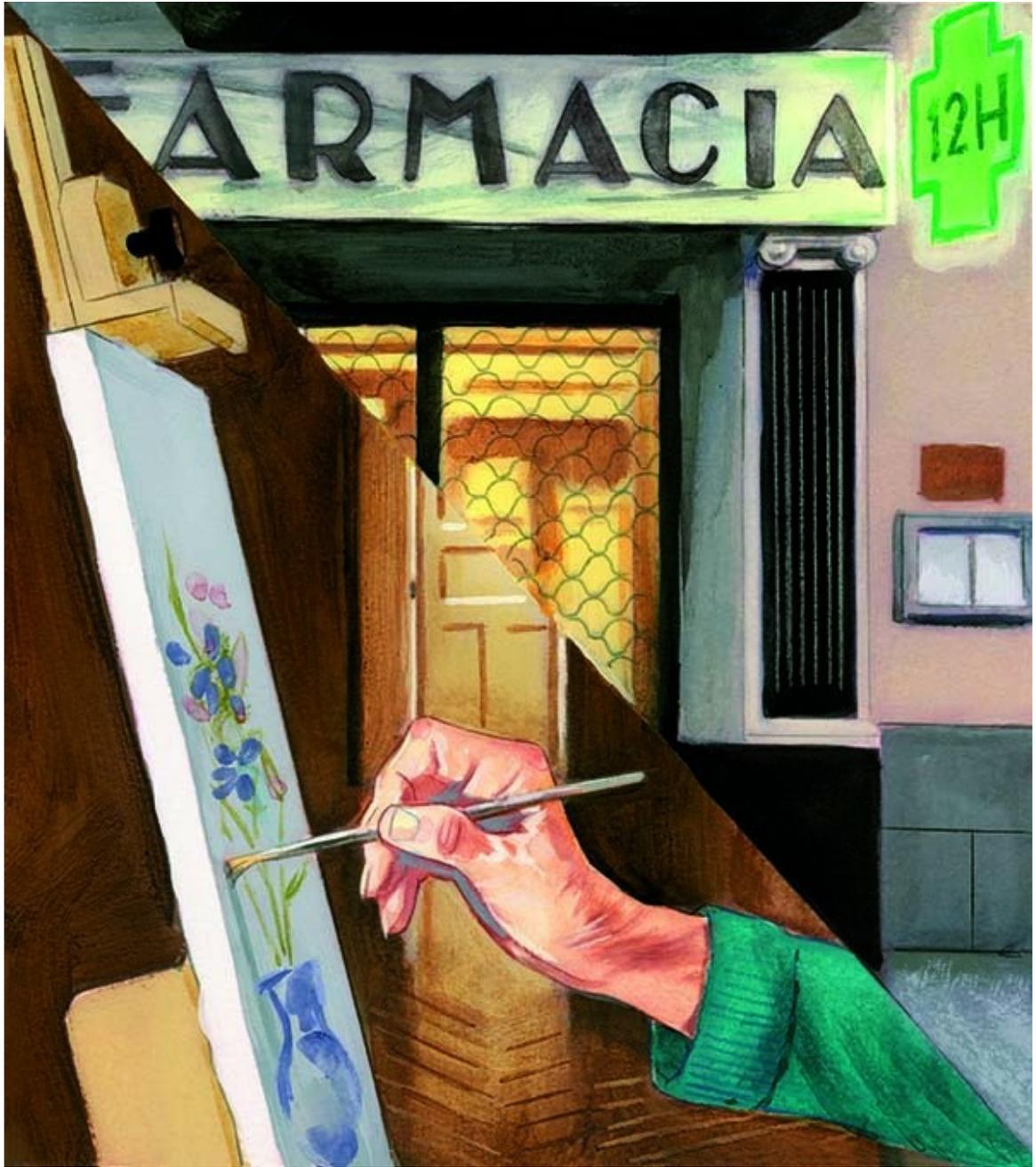
Ana María hace una temporada que no se gasta ni un céntimo en medicinas. Ya que estaba allí, decidió arramblar con todo lo que le podía venir bien. Al fin y el cabo, su botiquín se parecía muchísimo al de la mayoría de las mujeres de su edad. Y ningún policía sería tan listo como para seguir la pista —indeleble, pero confusa— de los botiquines, las recetas, los informes clínicos archivados en los ordenadores de la Seguridad Social.

Ana María solía ir a la farmacia de la calle San Vicente y no conocía a la farmacéutica de Apodaca. Nada más verla, comprobó que era un encanto. Ella se comportó como una auténtica bruja. La reja del establecimiento ya estaba echada, pero Ana María la vapuleó un poco para hacer ruido y llamar la atención de la farmacéutica que tomaba notas detrás del mostrador. En cuanto vio a la anciana, aferrada a la reja, a punto de caer, salió a ayudarla: «Señora, ¿está usted bien?». A Ana María le dio un poco de pena, pero en este caso no eran sus sentimientos los que contaban sino los de Matilde. La reacción de Matilde le parecía un poco excesiva, un poco chocha. Pero Ana María olvidó sus prejuicios porque, en el fondo, sabía que el malestar de Matilde iba más allá de la muerte de su perro. Se dispuso a actuar: «Ay, hija, ¿me podrías atender?, ¿darme alguna cosita? Es que me ha dado un vahído y, de repente, me siento debilucha». La farmacéutica franqueó el paso a aquella anciana que lucía unos bellos guantes de cuero azul. Después, sin echar el candado, volvió a cerrar la reja para que no entrara ya ningún cliente más.

Y así fue. Nunca, nunca más, ningún cliente atravesó otra vez el umbral

de aquella farmacia. Blancanieves mordió el fruto prohibido —un bollo de aceite— y cayó fulminada. Ana María disimuló haciendo un nudo con el fonendoscopio alrededor del cuello de la muerta. Pero, como estaba debilucha, no lo apretó mucho.

Antes de irse a la cama, Ana María mira satisfecha su búcaro de flores pintadas. Después, echa la llave, el tranco y la cadenilla. Hace ya una temporada que no abre a los *caltelos* porque teme que los vecinos tengan razón y que, mientras ella está dormida, una banda de rumanos y albanokosovares le entre en casa para robárselo todo. La enciclopedia, las pinturas, el alijo farmacéutico. La policía recomienda no bajar la guardia. «Jesús, Jesús», piensa Ana María que enseguida se duerme como un bebé que acaba de mamar y ya ha echado el airecito.



A REY MUERTO, REY PUESTO

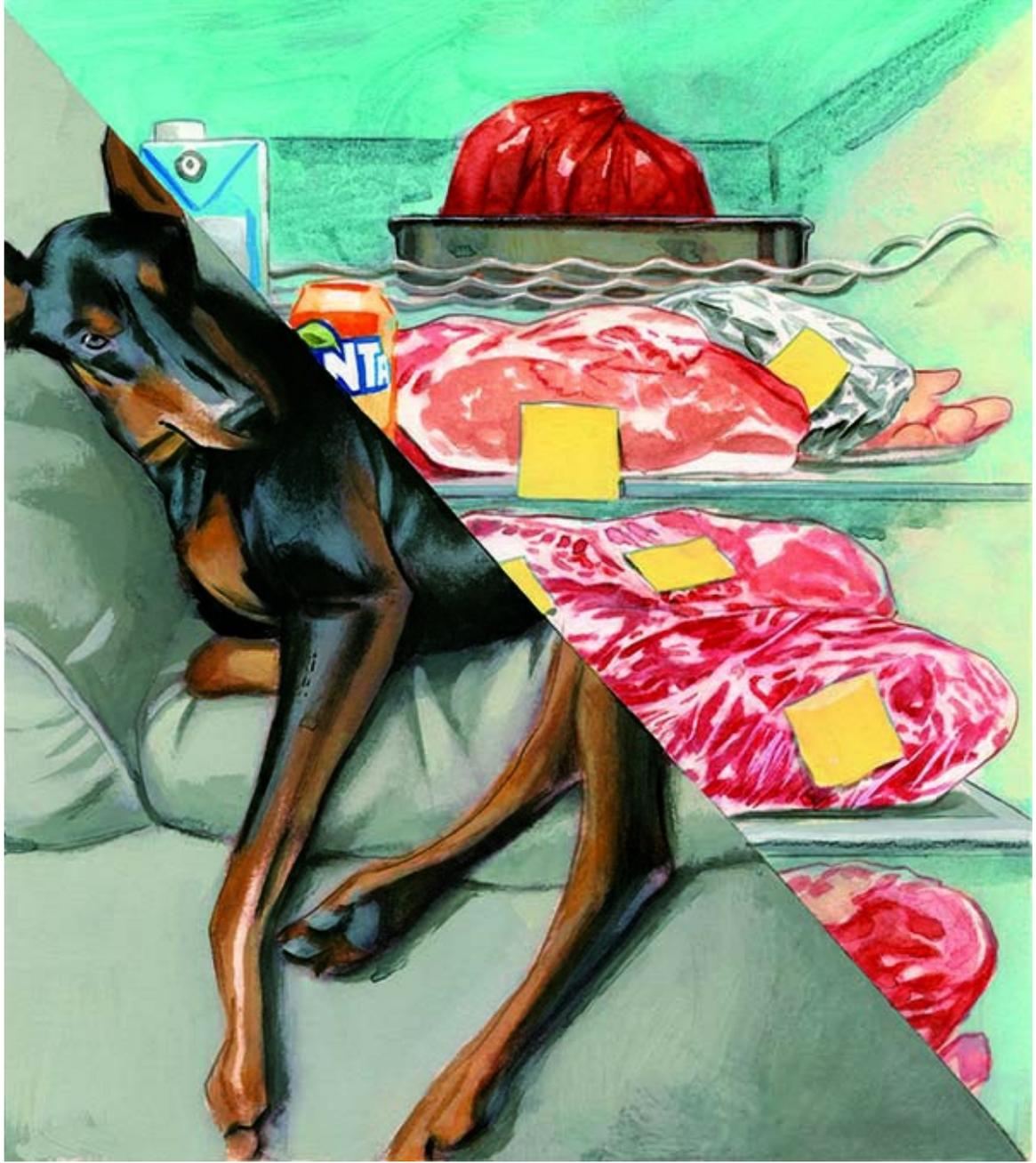
Un nuevo perrito sustituye a Felipe IV. Hay cambio de rey e incluso de dinastía. Felipe V no es un perro pachón, sino un dóberman. Matilde sabe que se ha saltado a Carlos II. Pero ella nunca tendría un caniche ni le pondría a su perro el nombre de un discapacitado. Además, desde aquel día, sus manos se han teñido de una extraña violencia que no le permite acariciar perros pequeños.

Felipe V se cría sano y robusto. Come cada día carne fresca mezcladita con arroz muy cocido y acuoso. Ahora, la nevera de Matilde está llena de huesos y de carne congelada. Filetes, picada, para guisar, costillares, piezas de casquería. Criar un perrazo del porte de Felipe V puede resultar muy caro para una jubilada. Pero Matilde se está ahorrando un dineral en alimentación desde que le pidió a Rubén González que pasara un momentito a su casa porque necesitaba ayuda para matar un ratoncillo que le estaba dando mucha guerra. El hombre entró, se dirigió a la cocina, miró debajo de la pila y, mientras aún estaba acuclillado, Matilde le dio un trompazo en mitad del occipucio con un cenicero de cristal. Después envolvió a Rubén en plástico, le cortó la garganta y lo apuñaló en cuatro o cinco puntos estratégicos: corazón, hígado, arteria femoral, pulmones. Aunque le llevó unos días, se dio prisa en trocear el cadáver. Por el olor y las moscas. Matilde se hizo consciente de su magnífico estado de salud mientras se dedicaba a estas labores domésticas tan exigentes desde un punto de vista físico. Matilde decidió desintoxicarse un poco, prescindir de un buen número de los medicamentos de su botiquín. Pensó: «Es una conspiración para tenernos todo el día comprando y comprando». Mientras lo despiezaba, Matilde hacía paquetitos de Rubén que guardaba en la nevera, la fresquera y el congelador. A cada paquetito, Matilde le ponía su etiqueta correspondiente para no olvidarse de qué era cada cosa.

A Matilde solo le dio aprensión la cabeza. Y, en homenaje a las declaraciones de la buena de Mariví, se llevó la impresionada testa de Rubén al puente de Toledo y la tiró al Manzanares cuando nadie la veía.

A nadie le extraña que la cabeza de Rubén González, el jugador moroso,

víctima de una mafia foránea, aparezca flotando en el río a la altura del Vicente Calderón. El agente de la policía encargado del caso insiste: «Ya lo he dicho alguna que otra vez». El agente hace una pausa. Se rasca la nariz: «Los rumanos y los albanokosovares son muy bestias». Matilde, por su parte, reflexiona: «Tampoco quedan camareros como los de antes». Después cierra el periodicucho en que se recogen las declaraciones del agente que investiga el caso del asesinato de Rubén González y saca a pasear a Felipe V que, a estas horas, ya debe de tener la vejiga y el intestino grueso a punto de reventar. «Animalito», piensa Matilde, embargada de ternura.



MORALEJA

La crisis, la alarmante cuota de paro, la reforma del sistema de salud pública, la congelación de las pensiones, la merma de los recursos asistenciales, la microviolencia cotidiana, etcétera, inciden en el aumento desmedido del índice de criminalidad.

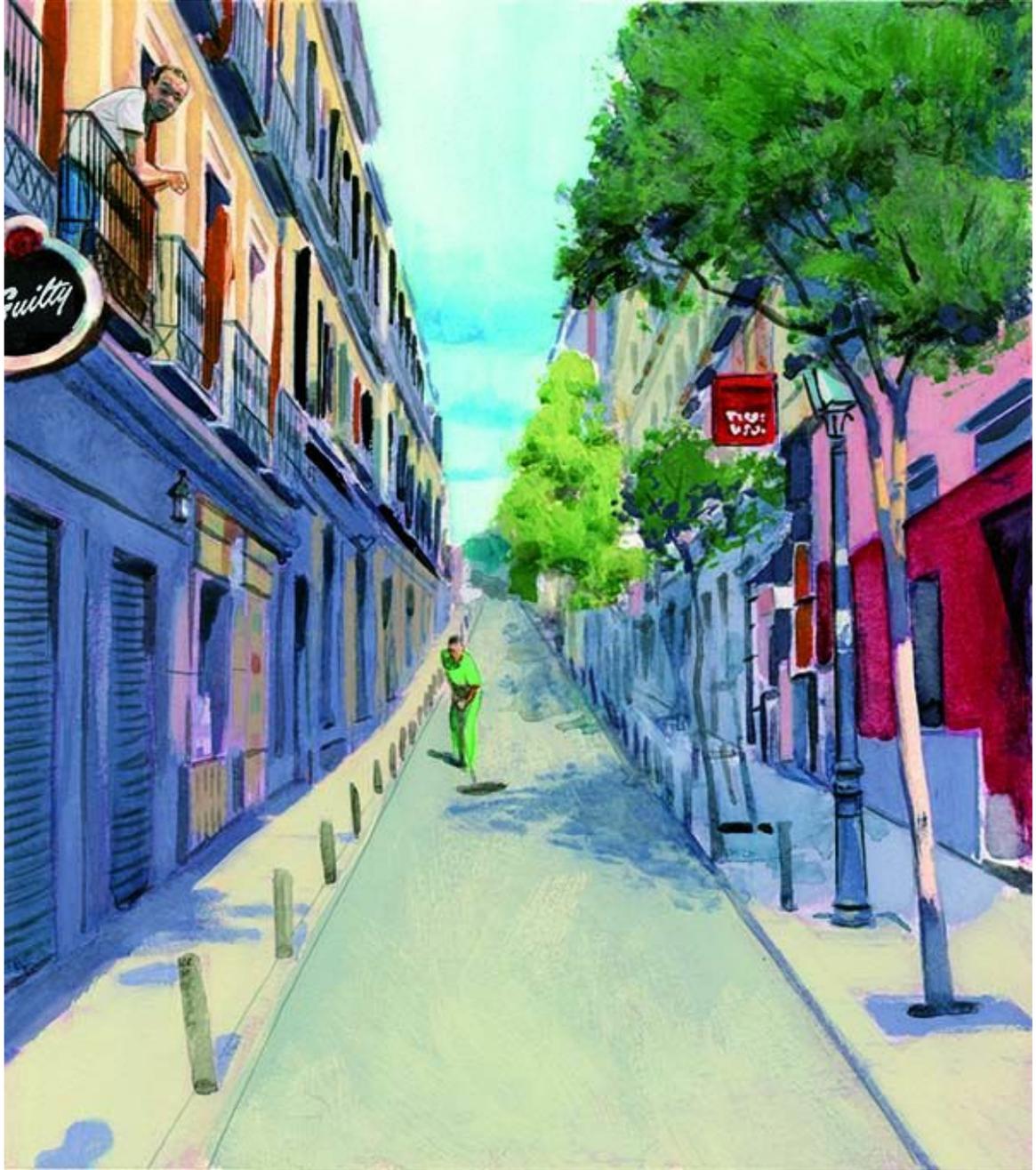
Al mismo tiempo, la vejez incipiente de Ana María y Matilde, la xenofobia y el hecho, fácilmente comprobable, de que rara vez la policía resuelve un caso, juegan en favor de la impunidad de las ancianas.

No sabemos si alegrarnos o si echarnos a temblar.



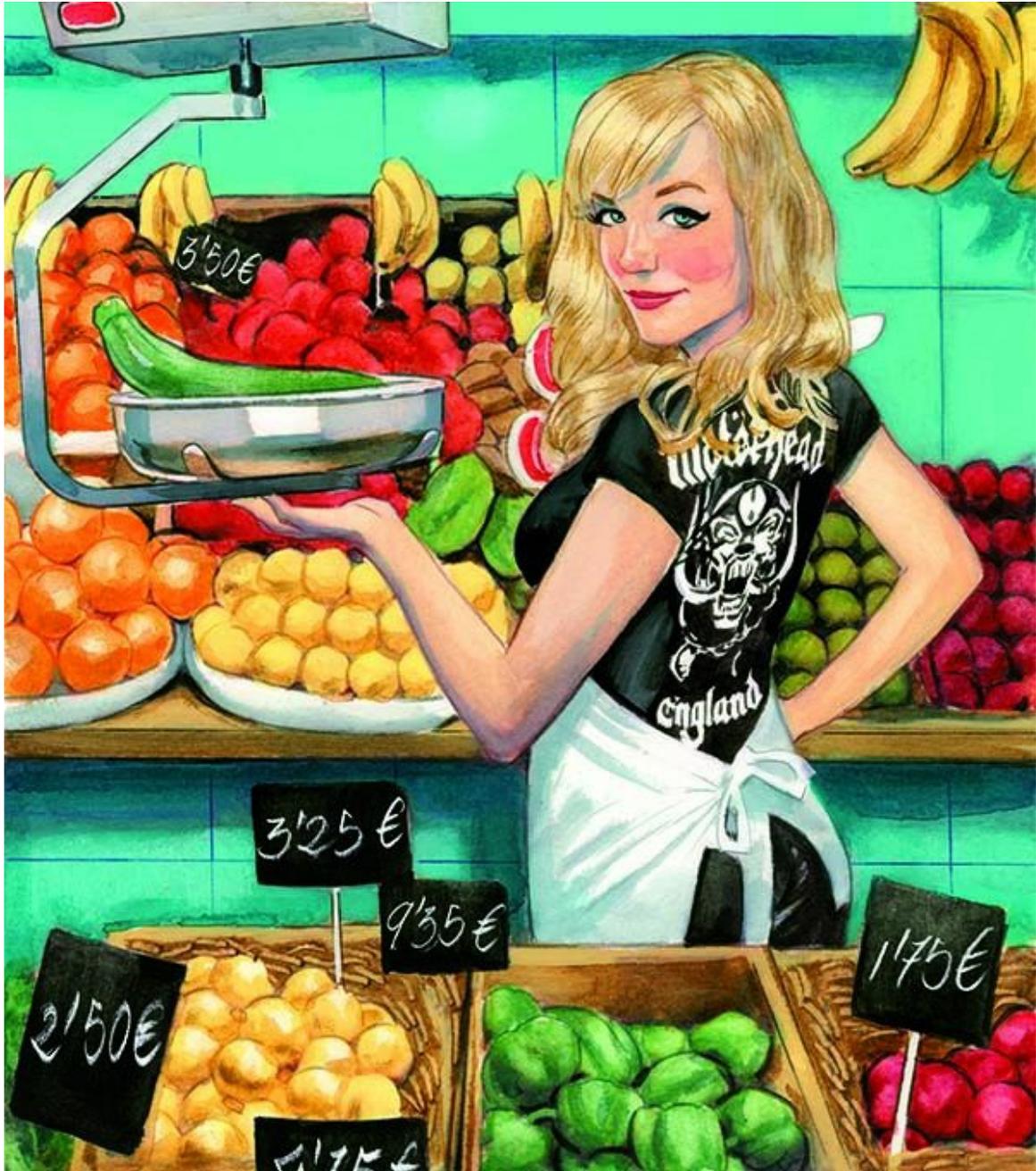
JABONCILLOS **DOS DE MAYO**

1. Todas las mañanas abro los balcones y miro el punto de fuga de mi calle hacia el cielo. Las líneas se van estrechando hasta juntarse y yo descanso la vista perdiéndola en algún lugar impreciso. Es una acción geométrica e higiénica. Después me fijo en algunas cosas un poco menos metafísicas. No se puede andar siempre en el limbo: mi vecino de enfrente sale a su balcón minúsculo a tomar el fresco en camiseta y se sienta en una silla de playa como si viviese en un pueblo. Yo hago lo mismo por las tardes a la entrada de mi pequeño negocio. Porque esto antes era una irreductible aldea gala. Un Brigadoom. Hoy nos parecemos más a un parque temático o a un *shopping center*, y casi todo lo decimos en inglés: *hemp store*, *greek food*, *smart phone*, *gay friendly*... En el balcón contiguo al del hombre de la camiseta, una mujer, que debe de ser editora de una revista femenina, mantiene larguísimas conversaciones telefónicas. Habla estresada y con una voz aguda que hace pensar en pájaros. Utilizo la palabra «pájaros» en general, para no usar un pájaro feo en particular. Lleva unas gafas con una montura que le tapa casi toda la cara. Por la voz yo diría que es una tía horrorosa. Con desviación del tabique nasal y ojillos de cuervo —el pájaro ha echado por fin a volar—. Habla para que todo el mundo se entere: «No, le he dicho que no podemos hacer la portada con ese tres cuartos». «¿Que se ha puesto malita? A las diez la quiero en el estudio». La mujer, que en realidad es una señora inflexible, a veces organiza fiestas en su *loft*. Los invitados salen a fumar a los balconcillos. La editora de la revista y sus amigos me enferman. Yo fumo tranquilamente dentro de mi casa y hablo por teléfono sin que nadie me oiga. Preservo mi intimidad. Soy un hombre respetuoso que está enamorado de una frutera.



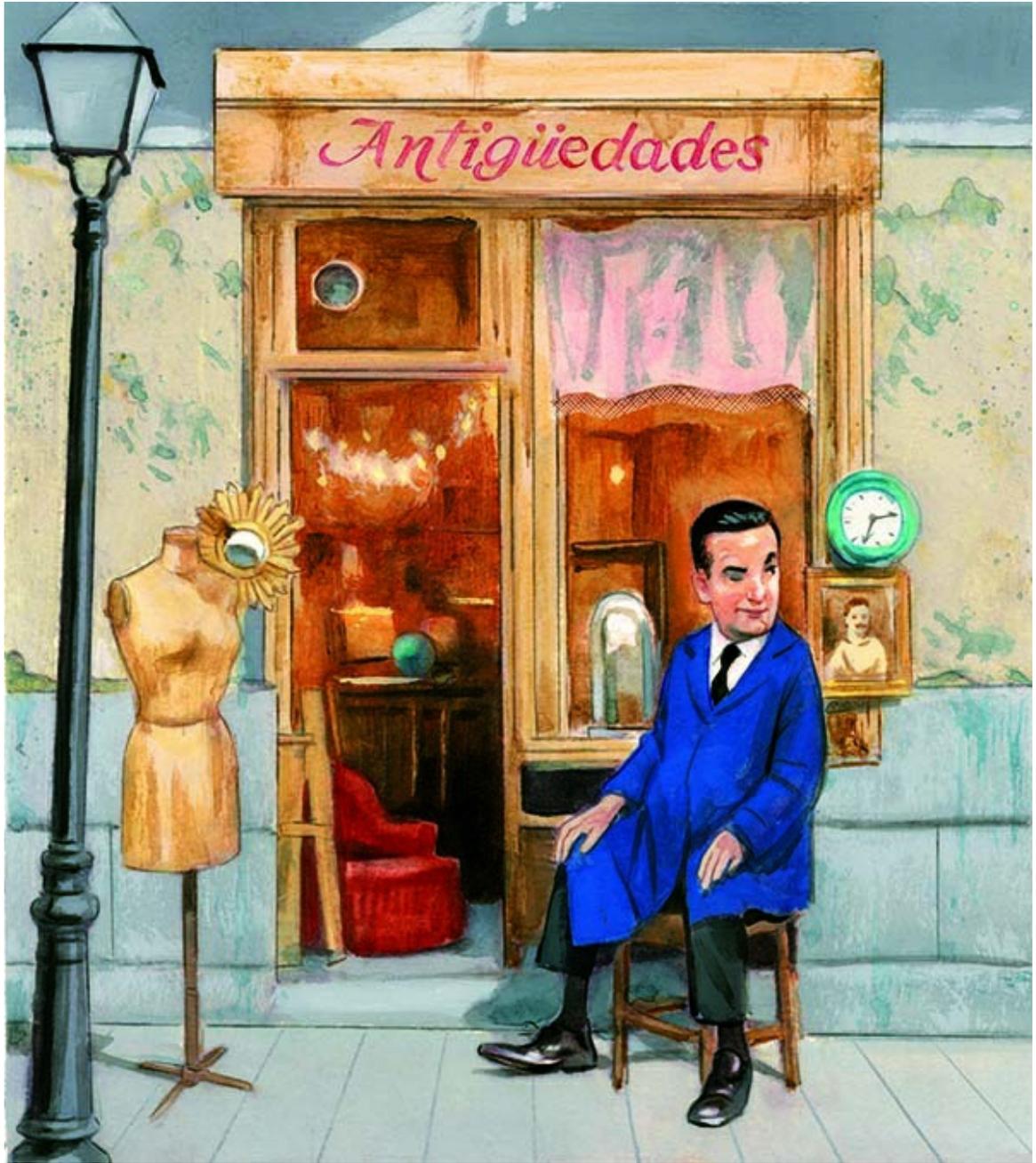
2. Todas las mañanas, después de descansar la vista dejándola bambolearse sobre un lugar impreciso, me dejo de geometrías y nubes de pedos, y me convierto en un hombre de acción. Me tomo un café con leche en uno de los pocos bares como Dios manda que quedan en mi barrio. Mi elección es una elección militante. La grasa —grasa polimorfa, magnífica, excelente grasa sabrosa— de los churros dibuja estampados en la superficie de mi café. Por motivos profesionales, sé mucho de estampados, bibelots, lamparillas y porcelanas. Pero no soy marica. En el bar converso con Paquito, el dueño, mientras él coloca los torreznos y las gambas con gabardina sobre la barra. A veces fríe unas alitas de pollo que impregnan con un inconfundible aroma los recovecos del bar. El barrio cambia de un día para otro y a menudo no reparo en que ha echado el cierre una bodega donde dispensaban vino a granel o una relojería de las que aún arreglaban las tripas y el aparato circulatorio de los relojes. «Suizo. ¡De primera calidad!», me instruía no hace tanto Germán, el relojero. Ahora ya nadie arregla nada, ahora jugamos a fabricar cosas como si fuésemos niños: platos de alta cocina, alacenas, pitillos liados. Yo antes iba mucho a un local donde un manitas te reparaba igual una plancha que un transistor. Ya no hay transistores. Me gustaba verlo mirar y remirar un artilugio, por abajo y por arriba, toquetearlo, buscarle el misterioso habitáculo de la pila contaminante, hasta encontrar la falla. El punto débil. Paquito es mi toma de tierra. Mi espía. Yo soy demasiado quijotesco. Pero Paco es un gran observador: «Han abierto otra tienda de bicicletas», «En la Corredera Baja, ¡otra peluquería!», «Y otra óptica de esas donde solo venden modelos de gafas para la hormiga atómica», «Otra barbería pija. No quiero ni pensar lo que deben de cobrarte ahí por un afeitado. Y a qué se saldrá oliendo. A compota de manzana. No, no lo quiero ni pensar», «¿Has visto esa tienda de *curiosidades*, Blas? Un cojín con forma de paletilla de jamón es una *curiosidad*, Blas». Paco y yo no vamos a quedarnos de brazos cruzados mientras nuestro territorio es invadido por seres y costumbres alienígenas. En lo que a nosotros respecta se está acabando el mundo. A través de las paredes, los fantasmas nos gritan que no los dejemos solos. Un bailarín de chotis, un churrero, un viejo roquero de los que nunca mueren, el dueño de un colmado a la antigua usanza. Los jubilados nos aplaudirían si conocieran nuestras purificadoras intenciones. No se trata

de nostalgia, sino de repeler al invasor de este barrio de héroes de la guerra de la independencia. Paco y yo seremos el ozono-pino de las calles. La furia insecticida contra el enemigo-cucaracha.



3. Todas las mañanas, tras el café, hago mis compras. Azucena ha nacido aquí y ella también ha visto cómo las calles se iban transformando hasta adquirir un color —rosa chicle, anaranjado, vainillita...— y un olor a *cupcake* que no le resulta familiar. Los olores que suelen complacernos son los que nos resultan familiares: el cocido de los menús de los miércoles, el flan chino El Mandarín que me preparaba mamá. «Estomagadita estoy, Blas, estomagadita», me dice mientras me pesa unas picotas que tienen una pinta excelente. En la frutería Azucena está maquillada desde las siete en punto, con las puntiagudas uñas pintadas de rojo y el teñido pelo de peluquería; es una cincuentona absolutamente artificial y nada *nude* que es como se llevan las chicas ahora. La frutera de mi corazón despacha al ritmo de la música de ACDC o Black Sabbath. Todo lo demás le resulta *light* a mi frutera. Cuando éramos jóvenes tuvimos un rollo y yo le regalé un disco de Mecano que acabó con nuestra relación en cinco minutos. Ahora he aprendido. Azu siempre era la última en salir de los garitos de rock de la zona y se fumaba unos *trompetones* de tres papeles impresionantes. Ahora la tienen quemada las tiendas de marihuana terapéutica —«¡Me descojono yo de la marihuana terapéutica!»— y esos mercadillos de verduras ecológicas donde te venden patatas florecidas y melocotones picados. «A precio de oro, Blas». Azucena saca aún más brillo si cabe a una de sus preciosas manzanas parafinadas. Y me la mete, de regalo, en la bolsa. Es mi Eva. Me guiña el ojo. Me encantaría que Azucena fuese mi media naranja y mi rodajita de melón, así que me siento eufórico cuando la frutera roquera me dice que se nos ha unido. Paquito, el tabernero, y yo hemos organizado un comando y Azucena me confirma su adhesión mientras compro medio kilo de judías verdes y un calabacín: «Me uno, Blas. Esto ya pasa de castaño oscuro». Ella me sonrío y yo me la imagino enfundada en nuestro mono de camuflaje contorsionándose como Catherine Zeta-Jones. Va a ser una eficaz lugarteniente. Una capitana valerosa. Nuestra enfermera si salimos heridos en una emboscada. Azu, mi vendedora de néctares y frutas, huele a apio de sopa hecha en casa y a fresas salvajes. No la llaméis nunca verdulera. No os lo podría perdonar.

4. Me llamo Blas Zulueta y soy anticuario. Compró y vendo objetos imposibles. Por ejemplo, cojines tapizados en telas adamascadas o una copa de cristal violeta que esconde en su interior un ratoncito de alabastro. Enganchado al filo de la copa, un gato siamés, también de alabastro, escruta al ratón. A veces Azucena me dice que, en realidad, los objetos que yo compro y vendo son igual de inútiles que los de las nuevas tiendas de *curiosidades*. «Si me apuras, son incluso más inútiles, Blas». A Azucena le gusta meter el dedo en la llaga: «En las tiendas de *curiosidades* por lo menos venden alfombrillas para el ratón, termómetros de vino y relojes que marcan la hora al revés». Es una broma, pero a mí me tiene cada día más enamorado. Llevo varios meses inflándome de calabacines y judías verdes que son las dos únicas verduras u hortalizas que puedo comer sin que me dé colitis. Desconozco las genealogías de las especies vegetales y solo me interesa el nombre de una flor: Azucena. Ella y yo nos hemos unido mucho desde que pertenecemos al comando. Como no tengo muchos clientes, algunos días al caer la tarde, ella me hace una visita y nos sentamos a la puerta de mi negocio para planificar nuestros ingenuos crímenes con la connivencia de ciertos policías municipales que hacen la vista gorda. Paquito se nos une en cuanto ve que puede dejar solo en el bar a Agustín, un camarero de los que aún llevan pajarita, pasan la bayeta por encima de la barra y, al recibir propina, cantan: «¡Booote!».



5. Empezamos a acometer acciones de sabotaje con nocturnidad y alevosía. Resulta muy difícil porque las calles de nuestro barrio casi nunca están completamente desiertas. Por la mañana, la gente sale a trabajar, los niños van al colegio y los repartidores dejan sus furgonetas en medio de la calzada para descargar cajas de cerveza o de refrescos. Luego salen las mujeres arrastrando sus carritos para hacer la compra. Otras están permanentemente apostadas en sus barandillas, oteando cualquier acontecimiento de la calle, cómplices de imaginarios somatenes. Por la noche, las mujeres salen a la fresca en camisón y riegan con cubos de agua sucia a los alborotadores. En el segundo be del número veinte de mi calle hay una señora momificada hace años: parece uno de esos maniqués con que los modernos adornan sus balcones. La única diferencia es que esta mujer no está desnuda ni es calva como los maniqués de plástico, sino que lleva el pelo de lavar y marcar, muy arregladito. Es muy probable que tanto la momia como las espías en batín silenciasen nuestros crímenes. O que, si avistaran un peligro en lontananza, graznasen como ocas que defienden el cotarro de los mismos granjeros que después van a sacarles a lo bestia el *foie*. Los turistas japoneses hacen fotos a los azulejos de la farmacia que anuncian emplastos porosos y Diarretil Juansé, y los profesores de instituto les explican a sus alumnos quiénes eran los personajes cuyos nombres están escritos en el centro de placas conmemorativas —Rosa Chacel vivió en la calle San Vicente Alta— o por qué otra calle se llama Daoiz y Velarde, Manuela Malasaña, Ruiz. Los niños disparan con sus móviles y nosotros no queremos ser atrapados en una imagen para la que no hayamos posado previamente. La Interpol podría descubrirnos en uno de esos descuidos. Entramos en los supermercados con gorrita de visera. Manchamos con aerosoles de pintura los ojos de las cámaras que vigilan ciertas calles. Cualquier precaución es poca. Por la tarde, los transeúntes se meten en los cafés para jugar al Risk o al Monopoly y, ya de noche, los locales de copas abren sus puertas y la chavalería empieza a hacer botellón congregada alrededor de coches y portales. Buscan huecos que ocupan parasitariamente. Aprovechan cualquier recodo, el escalón de cualquier portal. Convierten en un pisito de estudiantes cuatro metros cuadrados de adoquín como aquel mendigo que una vez me llamó la atención: «¡Tío, estás pisando mi casa!». Yo, como casi siempre, iba

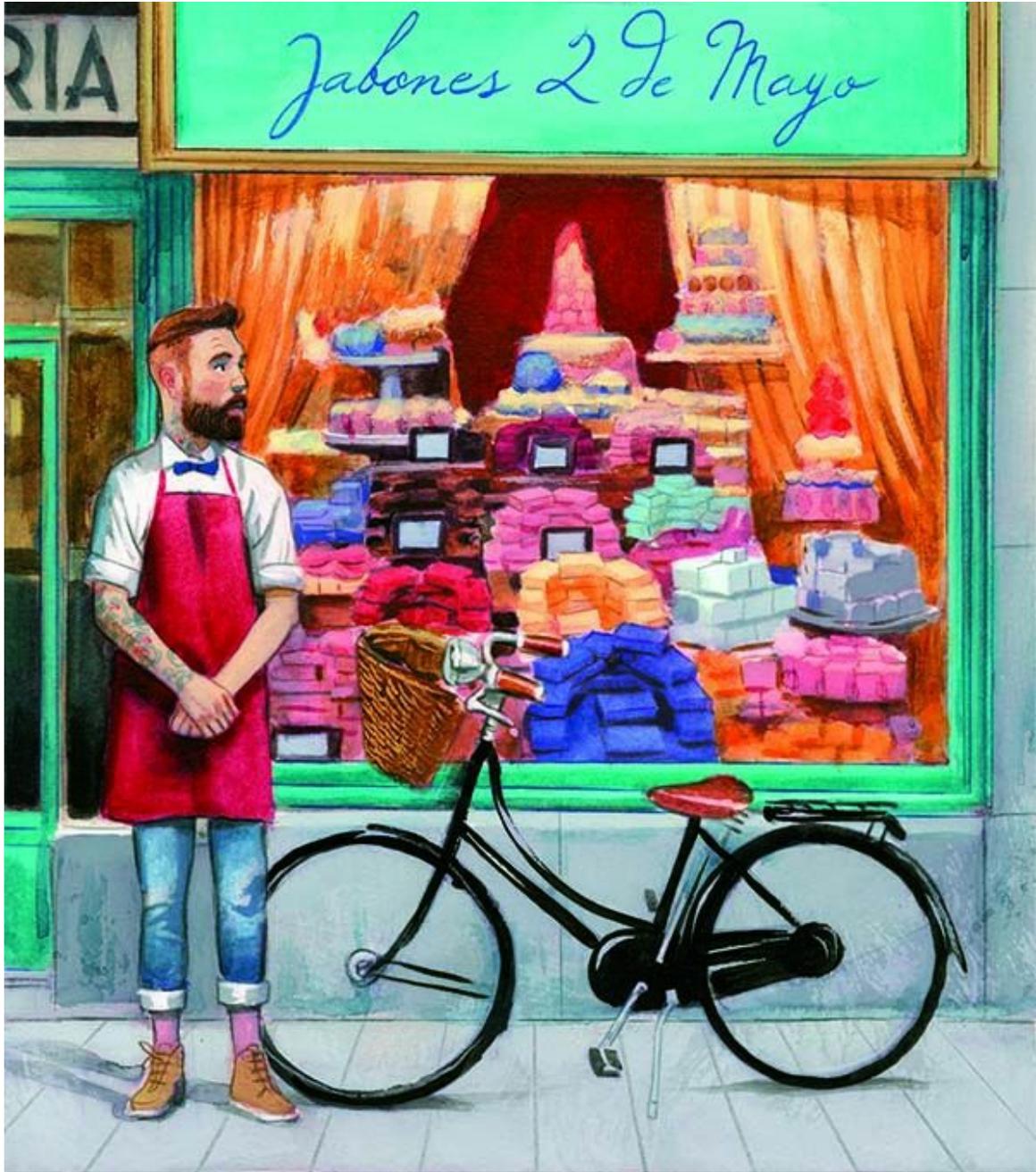
distraído como un idealista cualquiera. Las calles de madrugada, incluso entrada la mañana, albergan a los últimos de la noche y, enseguida, vuelven los que salen a trabajar y se encuentran con los últimos de la noche, vomitando al pie de una farola, las mujeres con sus carritos y los transeúntes japoneses o nacionales. El producto interior bruto. La pata negra.



6. Así que resulta difícil encontrar el momento para llenar de parafina las cerraduras de una de esas falsas mercerías donde te enseñan a hacer punto o vainica doble, trabajitos manuales, a pintar jarrillos de barro. Antes, estas enseñanzas las dispensaban las monjitas y si el derecho no te quedaba igual de bonito que el revés, si te salías de la línea del ojo de la pastorcita de escayola, te arreaban una colleja. *In illo tēmpore* en que aún se traducían textos del latín. Hoy, cuando encontramos ocasión, rompemos los cristales de dispensadores de polos fosforescentes pero *ultranaturales*, de sushi, comida griega, hamburguesas de carne que no es carne o helados de yogur. Hacemos pintadas en centros de yoga, fitnes, pilates, músico, fisio, psico o aromaterapia. «Mariconadas», dice Paquito. Yo lo que no entiendo son las ganas que tiene la gente de sudar.

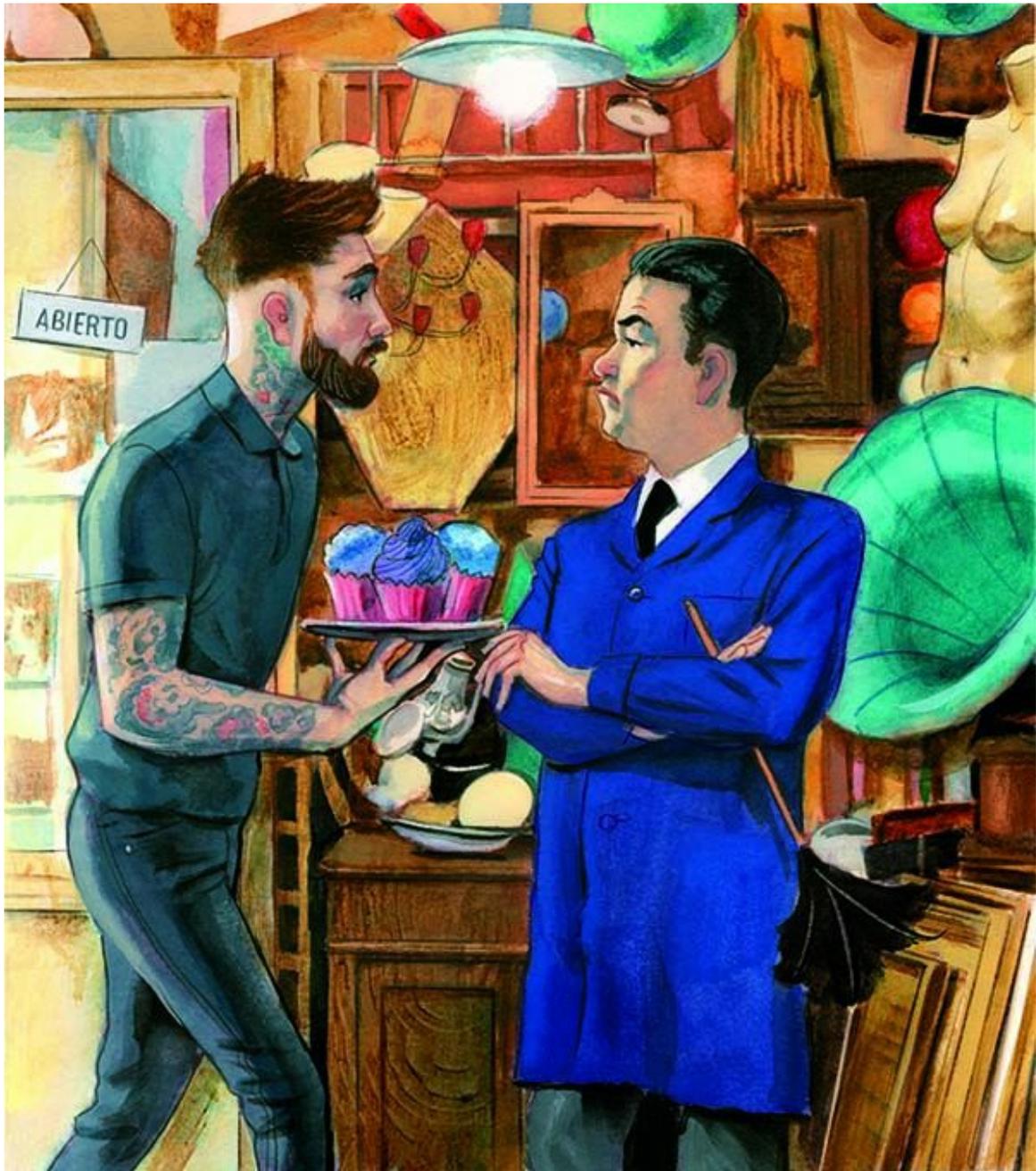
7. Nos ponemos una capucha para hacer nuestros sabotajes, pero a Azucena se le ve el pelo rubio de roquera teñida por debajo del verdugo. Está despampanante enfundada en cuero negro. Disfrazada de malota como a ella le gusta. La verdad es que la bata de la frutería no le hace justicia. Los lateros chinos saben quiénes somos. Nos conocen. Pero nos guardan el secreto. Ellos también se sienten invadidos por esta manada de atildados barbudos con pantalones pitillo y borsalinos que les quedan pequeños. «¡Muelte a los hípsteles!», nos susurra Wang, en voz bajita y levantando el puño, cuando nos ve pasar de puntillas y sigilosos, disfrazados de Phantomas. Un hípster jamás se bebería una cerveza caliente. Nosotros tampoco, pero Wang no lo sabe. Tenemos cada vez más apoyo en el barrio.

8. Como siempre es Paquito quien me alerta: «Blas, están haciendo obras al lado de tu tienda». Hace poco Rober ha cerrado su carnicería porque parece que estos hípsters asquerosos solo comen tofu y otras mierdas veganas. No saben apreciar los matices de un buen chuletón o de un cochinitillo asado abiertito en canal. En menos de quince días, de entre los muros húmedos de la fachada y los restos del mostrador de mármol de la carnicería de Rober, veo surgir una refitolera tienda con un gran escaparate perfilado con hojas de hiedra pintadas en rojo y en verde, como en la vida misma pero más almibarada. Han colocado tarima flotante de color amarillo pastel sobre las baldosas ajedrezadas de la carnicería —hace falta ser hortera y asesino— y cubierto las paredes con anaqueles de metacrilato. Aún no sé qué van a vender ahí dentro ni quién es el propietario del negocio, pero apostaría por una pizpireta Doris Day. De momento, solo oigo los ruidos de la obra. Y me temo lo peor. Casi a la hora de cerrar, Paco y Azucena vienen a distraerme un rato de mis cuitas. Como estoy de un humor de perros —nuestros perros son pastores alemanes o chuchos, los de estos son carlinos, bulldogs franceses o galgos de oenegé—, trazamos un plan para imponerle un correctivo a uno de los nuestros: se ha visto al chico de los recados del ultramarinos dejándose una barbita demasiado cuidada que no llega a taparle sus castizas marcas de viruela. También se ha puesto un gorro negro de *crooner* y se le ha visto entrar en una librería con barra de bar para beber un vino afrutado en maridaje con un poemario ruso —hay que ser gilipollas, profundamente gilipollas— y en una aromática tienda de especias para adquirir unos gramos de rooibos. «A lo mejor estaba malo de la tripa», dice Paco con un mohín. Sea como sea, el chico de los recados se ha ganado una buena soba. Por traidor. Lo sorprendemos en una esquina oscura. Paco lo agarra de las solapas y yo lo inflo a patadas en las espinillas mientras Azu le propina un par de capones. El chico calla, se deja pegar como un pelele, porque sabe que ha obrado mal. Desde su balcón, la momificada habitante del segundo be parece darnos el consentimiento con su media sonrisa.



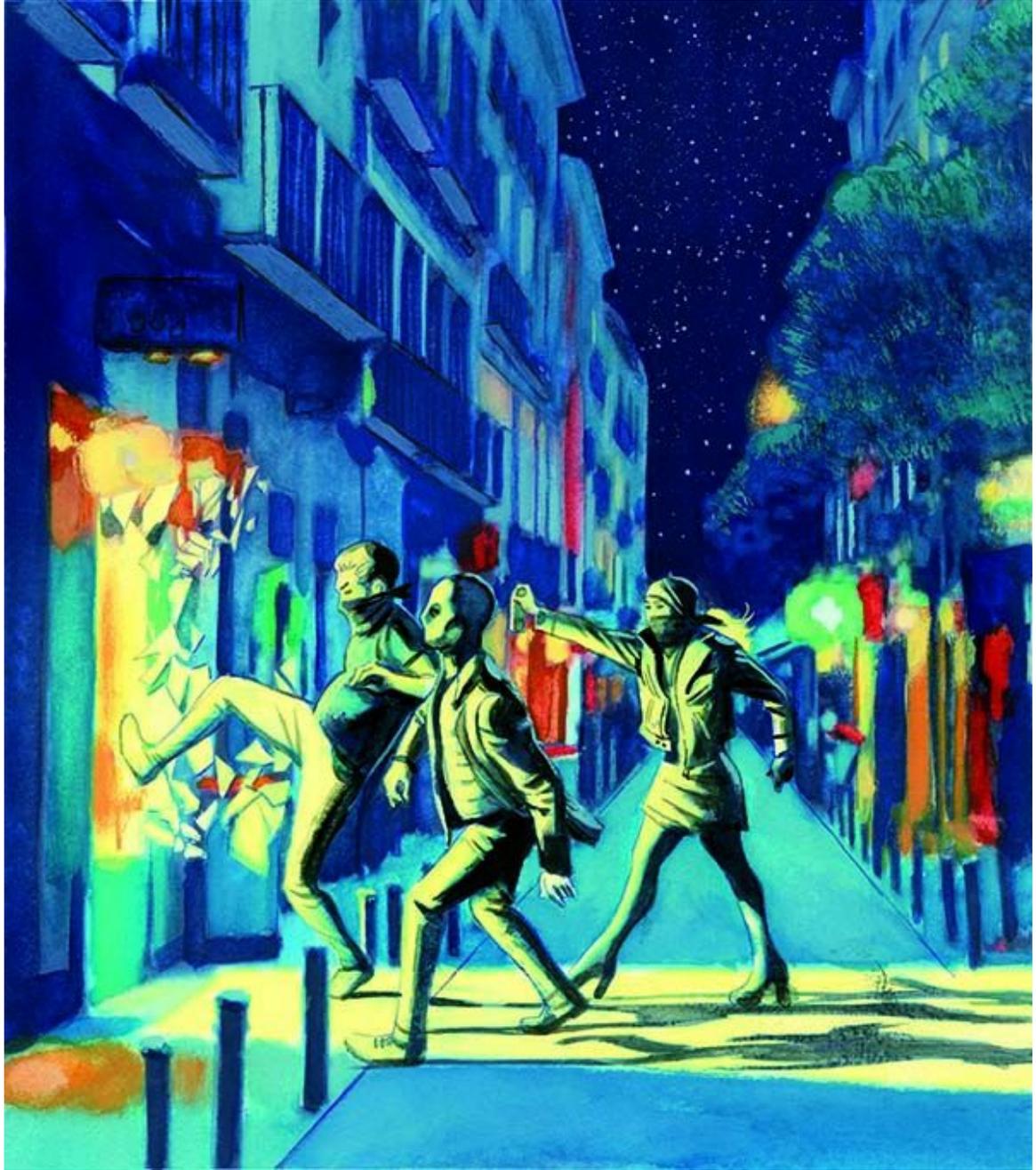
9. Mientras le estoy pasando el plumero a las porcelanas pintadas y a las arañas de cristalinos chupones, a los servilleteros de plata que los padrinos regalaban en los bautizos, a los bargueños, los marcos de fotos analógicas, los baúles, las bandejitas de alpaca y las cuberterías, mis peores sueños se hacen realidad. Tintinea el cascabel colgado en mi puerta y oigo una voz que también está llena de tilines: «¿Se puede?». Entre la oscuridad, lo veo aparecer y el estómago se me viene a la boca. Nunca había visto en mi vida un hípster más hípster. Me viene a saludar porque es el propietario del negocio de al lado. Para mí, hubiera sido menos violenta una aparición paranormal de Doris Day. El hípster me trae una cajita con tres *cupcakes* como muestra de buena vecindad: «Espero que le gusten». Los *cupcakes* tienen unos colores horrorosos —nunca me metería a la boca nada de color lila o azul— y él me trata de usted como si yo fuera un viejo. No sé qué decirle y, desde luego, no entresaco una silla de entre los muebles arrumbados para ofrecerle asiento. «Qué *vintage* todo esto, ¿no?», dice el hípster toqueteando un sacrosanto álbum de cromos y a mí la sangre se me sube a la cabeza: «Mi tienda no es *vintage*, es una tienda de antigüedades». El hípster suelta el álbum, echa un vistazo alrededor e insiste: «Muy retro. Me encanta». Se pone chistoso: «¡Parece que va a salir un muerto de dentro de un baúl!». Es tan divertido que me rasco el mentón y le dedico una sonrisa asquerosa. Absolutamente fingida. A través de la luna de mi escaparate, entreveo un manillar de bicicleta. Nos quedamos los dos de pie mirándonos frente a frente. A él ya se le ha gastado la conversación y yo, echando en falta el olor a carne fresca sobre los mostradores de Rober, sostengo los *cupcakes* como si la palma de mi mano fuese una bandejita. Me acuerdo de las sabias palabras de Azu: «Estomagadita estoy, Blas. Estomagadita». El hípster no le quita ojo a mi guardapolvo azul y yo no puedo darles crédito ni a su corte de pelo ni a su camiseta de tirantes. El hípster dice lo que ha venido a decir: «Soy el dueño del negocio de al lado. Todavía no tengo mi mercancía y por eso le traigo unos pastelillos». Ante mi mutismo, el hípster monologa: «Pero pronto le traeré uno de mis jabones artesanales». No voy a permitir que mi anticuario pierda su olor a polvo y a Joya de Myrurgia para empezar a oler a flores frescas y a rositas de pitiminí. «Espero que seamos buenos vecinos», se despide. Mientras le sostengo la mirada pienso que hay que convocar una

reunión urgente. El hípster sale de mi tienda de antigüedades, sin quitarme ojo, caminando hacia atrás. Yo salgo casi al mismo tiempo y, delante de él, desmigo los *cupcakes* en un alcorque para alimentar a las palomas. A ver si se envenenan.



10. Al hípster se le mete el miedo en el cuerpo. Cuando pasa por mi negocio, lo veo escudriñar entre lo oscuro y, cuando por fin me distingue, recula y se marcha como si no hubiese visto nada. Oigo latir más deprisa su corazón. Saco pecho y marco paquete —como si lo que queda dentro no estuviese ya casi dormido— mientras me lo imagino cotilleando sobre mí con otros agradabilísimos hípsters en reuniones de gente encantadora, que, entre risas histéricas, avanza la hipótesis de que tal vez yo conserve en el sótano el cadáver de mi madre o asesine viejas para robarles las herrumbrosas horquillas de sus joyeros *belle époque* o secuestre vírgenes para quitarles esos ojos que después engarzaré tras las cuencas vacías de mis muñecas de porcelana. Se creen muy cultos estos chicos. Como si nosotros no hubiésemos visto las películas de Hitchcock o leído los cuentos de Edgar Allan Poe.

11. Al caer la tarde, Azucena, Paco y yo nos burlamos de los temores de mi vecino. Todo el mundo sabe que soy un perro —pastor alemán, chucho, setter irlandés— más ladrador que mordedor. Hasta que me provocan. Y eso sucede una mañana en que, sin querer, escucho una conversación ajena. El hípster dice: «¿Anticuuario? Ese lo que es, es un chamarilero». Así que nuestro comando pasa a la acción. Cuando el hípster jabonero ya ha echado el cierre y nuestras pituitarias, anestesiadas entre las esencias de maracuyá de sus jabones, por fin pueden percibir otra vez el aroma de los fritos y el tabaco, incluso de las alcantarillas del estío y las cacas de los perros, nos ponemos nuestros monos, rompemos la luna de su escaparate y echamos en su monísimo local varias bombas fétidas que, al día siguiente, dejan al hípster pálido. Cuando arregla la luna y pone un cierre de metal, se lo manchamos de pintura. Un día, dos días, tres días, n... días tal como nos enseñaron a contar los profesores de matemáticas. Elegimos siempre la pintura de un comedido color pastel para no contravenir una normativa municipal, hípster y no escrita, que nos impide atentar contra la cursilería cromática de nuestro nuevo ecosistema. Cuando hemos puesto fin a nuestros actitos vandálicos, Azu, Paco y yo nos reímos como el perro pulgoso. Otro día le colamos cucarachas por la puerta de la jabonería que da a un patio interior compartido por la comunidad. Compartido conmigo. El hípster grita al levantar sus jaboncitos y encontrarse con los caparazones de sus nuevas realquiladas. Desinsecta. Tiene que tirar la mercancía que se ha empapado de olor a Zotal y otros venenos.



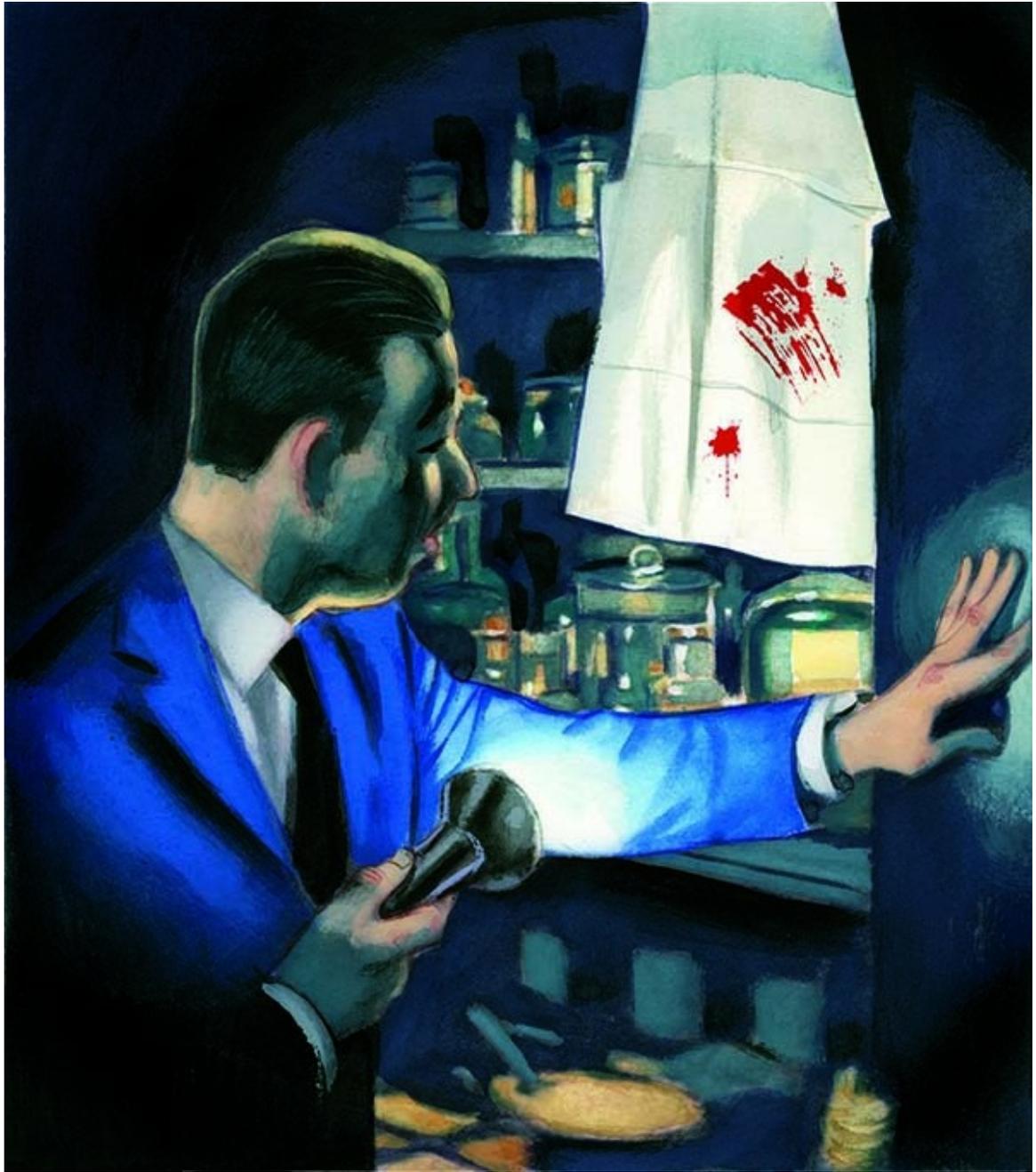
12. El hípster se rehace. Es un tipo corajudo y persistente, pero ni su coraje ni su persistencia logran que nos caiga mejor. Es más, nos empieza a caer incluso peor porque intuimos que la persistencia tiene que ver con un poderío económico que le viene de familia. Papá paga. Azu y yo comentamos que, a lo mejor, estos invasores parecen siempre riquísimos y puede que, en realidad, se anden comiendo los mocos. También nos parecen todos maricones y quizá no lo sean. Su virilidad es un estandarte arco iris. «Más bien, un banderín», dice mi Azu. «Si salvo en la barba, ¡tienen menos pelos que yo!». Doy fe de que es verdad y le digo a mi frutera que tiene un pelo precioso. Ella nunca me hace caso cuando la piropeo: «Ya sabes, Blas, peras o manzanas», recalca Azu utilizando una terminología muy de su sector profesional. «¿Las medias tintas? Inventos, Blas, inventos». Con nuestros monos oscuros, volvemos a ensuciarle al hípster la verja de su jabonería *kitsch* y, otra vez, nos reímos como el perro pulgoso tapándonos los dientes con la mano y escondiendo la cabeza entre los hombros. Después, miramos hacia arriba y la momia del segundo be parece no haber movido un músculo, aunque si nos fijamos atentamente ha sufrido una pequeña modificación: tiene el pulgar levantado como una auténtica *cesaresa* romana.

13. Justo un día después de que Azucena y yo hayamos decidido prometernos y contraer matrimonio y de que un Paco, emocionado, haya aceptado ser nuestro padrino, mi rubia desaparece y nadie le encuentra explicación a su ausencia. La frutería permanece cerrada y, como es verano, se empieza a notar un tufo a coles podridas por debajo del cierre. Yo sé que mi Azucena, en condiciones normales, nunca habría permitido semejante catástrofe porque ella es muy limpia y apanada, y no puede soportar que se estropee la comida. «Cómetelo todo, Blas, que si no mañana te preparo las sobras en croquetas». Lo de mi Azu sí que es compromiso con el hambre mundial y reciclaje. Pego la oreja al cierre de la frutería para ver si distingo algún acorde de Led Zeppelin que me dé la esperanza de que ella está allí pensando en sus cosas, atravesando en soledad un momento de crisis, con discreción, sin compartirlo con profesionales psíquicos —charlatanes— que te sacan los cuartos por oírte hablar de tu miedo a la muerte o a las agujas, como si eso fuera algo extraordinario y no le sucediera a todo el mundo. Pego la oreja con el deseo de que mi Azu tenga resquemores pero esté ahí mordiéndose la manicura: soy un hombre enamorado y no puedo dejar de temer que mi novia se haya arrepentido de su juramento de amor. Mi barriguilla hace que me tire la tela del guardapolvo. Me gustan los boleros y la copla. Los objetos feos me rodean y las porcelanitas de Lladró parecen reírse de mí. Qué vida iba a vivir Azucena conmigo. Qué podía yo ofrecerle con mi negocio ruinoso, con la tentación permanente de traicionarme a mí mismo para llamarle a lo viejo *vintage* y sucumbir a los cantos de sirena de un comercio espurio y amarillo. Al menos, ella sí vende sus frutas y verduras. Sobre todo zanahorias para esas tartas que ahora la gente moja en el café con leche. «¡Guarros!», exhala Paco en un eructo cada vez que ve a alguien metiéndose en la boca una porción de tarta anaranjada. El miedo a que Azucena me haya dejado no me permite evaluar la realidad y nos desactiva a Paco y a mí como comando. El hípster jabonero pasa, provocadoramente, por delante de mi tienda cuando mi Paco, mi lugarteniente, mi mano derecha, mi amigo y yo nos sentamos a charlar al caer la tarde. Parece que nos ha perdido el respeto y esa nueva actitud produce en mi nariz un escozor que barrunta tormenta.

14. El chino Wang nos ve apagados y, al pasar junto a nosotros, levanta el puño: «¡Muelte a los hípsteles!». No consigue arrancarnos ni una sonrisa. Wang se marcha a pasitos cortos escorado hacia el lado de su cuerpo que carga con las bolsas de cerveza caliente. Paquito y yo empezamos a estar seriamente preocupados por la desaparición de Azucena. A mí ya no me importa que me deje. Solo quiero saber si se encuentra bien. Pero ella no me llama por teléfono y el cierre de su frutería sigue echado y no se oye ni un guitareo vertiginoso ni un aullido, y las vecinas no la han visto entrar ni salir de su casa. Paco y yo estamos tan consternados que incluso hemos denunciado la desaparición de Azucena a la policía. Pero nuestra iniciativa parece que no ha servido de nada. Poco a poco el negocio del hípster jabonoso empieza a estar muy frecuentado no solo por sus correligionarios, sino por vecinas curiosas que compran sus jaboncitos para hacer regalos de cumpleaños modernos y originales. «*Entrismo* de la peor especie», sentencia Paco recordando sus antiguas hazañas trotskistas. «A mí si alguien me regalase un jabón por mi santo, me parecería un insulto», comenta Paco para hacerme reír. Pero a mí no me sale. En otras circunstancias, a estas pulquérrimas zorras, igual que al recadero de la tienda de ultramarinos, les hubiésemos aplicado un correctivo. Las habríamos rapado al cero o fracturado el dedo gordo del pie, que duele mucho. El hípster hace caja mientras yo echo de menos a mi Azucena y le quito el polvo, con un trapito, a mis preciosas flores de plástico.

15. Seis semanas después de la desaparición de Azu, recibo una señal. Mientras estoy sentado a la puerta de mi negocio, la momia del segundo be mueve la cabeza señalando hacia la jabonería. Puedo distinguir cómo levanta las cejas y me indica el camino que debo seguir. La momia quiere que entre a la expendeduría de jabones. La momia sabe algo, ha visto algo que yo no sé. Debo actuar. Esta vez dejaré al margen a Paco porque sospecho que mis andanzas pueden llegar a ser extremadamente peligrosas. Meto la silla en mi tienda. Cierro por dentro. Espero a que caiga la noche. Oigo al hípster echar el cierre de su higiénico y empalagoso comercio de jabones. Salgo al patio interior de la comunidad de vecinos que comparto con el hípster. Fuerzo la puerta de la jabonería que da a ese bendito patio. Enciendo mi linterna. Busco.

16. Nada más forzar la puerta de la jabonería, se me pone una bola en el estómago. «Estomagadita estoy, Blas. Estomagadita», escucho la voz arrabalera de mi Azu al principio de los tiempos. Una confusión de olor a coronas de flores y a tartas de fruta me produce una arcada. Estoy a punto de vomitar. Enciendo mi linterna y me muevo entre los matraces y esencieros. Entre morteritos, hornillos y calderos de brujo donde la grasa se quintaesencia en pompa de jabón. Nunca hubiese creído que verdaderamente el hípster optara por métodos tan artesanales. Me acuerdo de mi tía Anita dándole vueltas con un palo a la sosa y la manteca en una enorme perola situada en el centro del corral. Los conejos y los pollos la miraban sometidos a un proceso de hipnosis que combinaba los movimientos circulares del palo con el hedor que salía de la perola. Parece que el hípster fabrica sus jabones con materiales parecidos: sosa, grasa, extractos de flores, especias y comestibles aromáticos. Mi linterna enfoca los cuchillos para cortar las piezas de jabón y los celofanes para envolverlos. Las cintas para adornarlos. Los pétalos de flores secas con que el jabonero hermosea sus envoltorios. Enfoco el haz de luz hacia una esquina y veo, colgado de un gancho, un delantal sobre cuya tela destaca una mancha roja. Apago la linterna. Inspiro y espiro por la nariz. Existe el rojo tomate, el rojo pimiento, el rojo clavel. Pero yo estoy temblando y me avergüenzo de no estar comportándome como un guerrillero valiente, como un miembro fundador del comando Dos de mayo. Hace casi dos meses que no veo a mi Azu, estoy enamorado hasta las trancas y pensar que a mi novia le ha podido pasar algo me quita las fuerzas y, a la vez, me las da. Si no amase mucho a mi frutera, no estaría aquí sufriendo asfixia y retortijones. Completamente solo, sin el apoyo de mi capitana y de mi Paco que siempre me guarda las espaldas. Intuyo la presencia de Azu. Mi pupila comienza a acostumbrarse a la penumbra del laboratorio. Recuerdo el gesto de la vecina momificada que, como una señal de tráfico, me invitaba a entrar en este antro fragante. Puede que infundirme valor sea la razón por la cual me hablo a mí mismo. Digo estupideces: «Azu, mi amor, ¿dónde te has metido?».

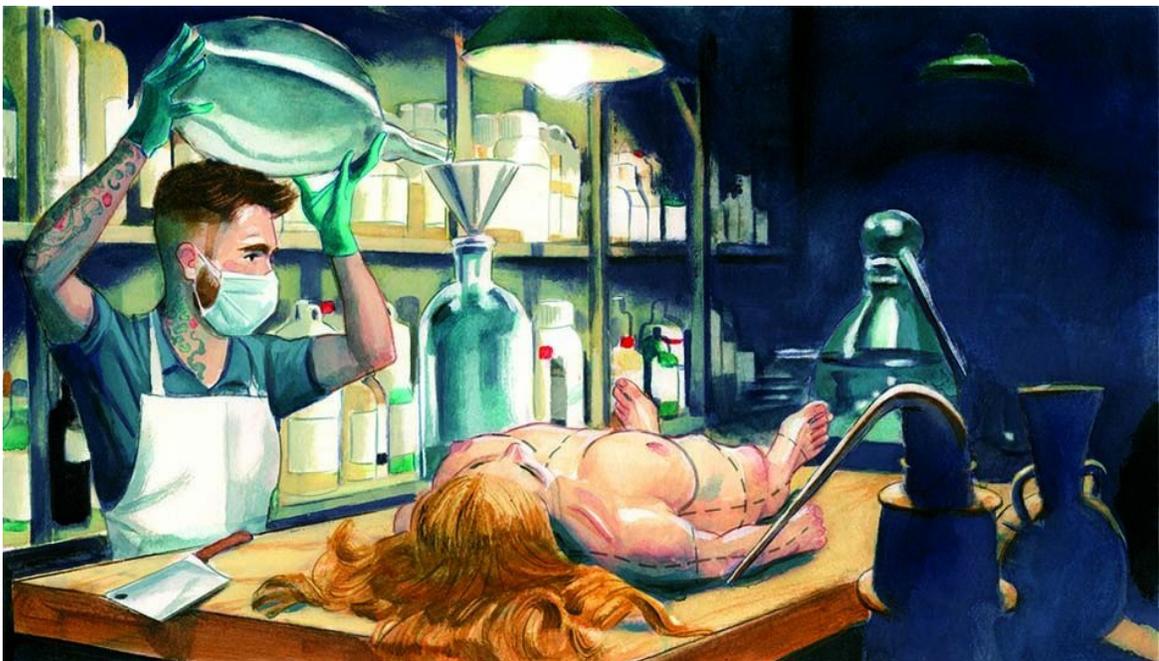


17. Desde el laboratorio paso a la tienda que es como una bombonerita. El hípster ha empapelado los muros con un papel de florecillas rosadas y sus anaqueles de metacrilato exhiben los jaboncillos por tamaños y colores. Familiares, medianos y jaboncitos miniatura de bordes redondeados que parecen caramelos. Este hípster no tiene la menor consideración: un niño o un adulto goloso podrían envenenarse. Esta idea, aparentemente tan inocua como un colutorio, intensifica mi miedo. Avanzo entre la oscuridad y me asusto cuando unos hilos me acarician la cara. Intuyo tarántulas y escorpiones, doy un respingo y retiro una cortinilla decorativa y cursi. Los colores de las mercancías corresponden a distintos aromas y están ordenados en una gradación que va de la gama de los tonos cálidos a los fríos. Como en una caja de lápices. Nada está fuera de su lugar y todo es tan higiénico que añoro el caos de mi tienda de antigüedades, los objetos amontonados. Creo que incluso tengo un gato gris al que no veo casi nunca. En la jabonería el morado huele a moras y el azul, por una extraña convención, huele a piña. El lila huele a lilas y el naranja huele a naranjas. Algunos jaboncillos tienen dos colores, como los helados de corte, y corresponden a dos aromas: el limón y la menta, la nata y el chocolate, el tomate y la albahaca del jaboncillo-pizza. Enfoco los jabones y creo que voy a sufrir un ataque de epilepsia a causa de la acumulación cromática. Cuando estoy a punto de salir de ese ambiente que de tan limpio resulta repugnante, mi nariz percibe —soy un auténtico sabueso, un roedor, un sumiller...— un aroma familiar. A sopa de casa y postre. Apio y fresas salvajes. El corazón me bombea a un ritmo vertiginoso. Apunto otra vez con mi linterna y veo una colección de jabones verdes y rojos adornados con una etiqueta en la que puede leerse «Edición especial». Me tiemblan las canillas, pero me acerco un poco más y, de pronto, cuando ya tengo la nariz casi pegada a los jabones, detecto un pelo rubio de peluquería, dos pelos rubios, tres pelos rubios, entre el celofán y tres de los jabones. Entonces todo se funde a negro para mí.

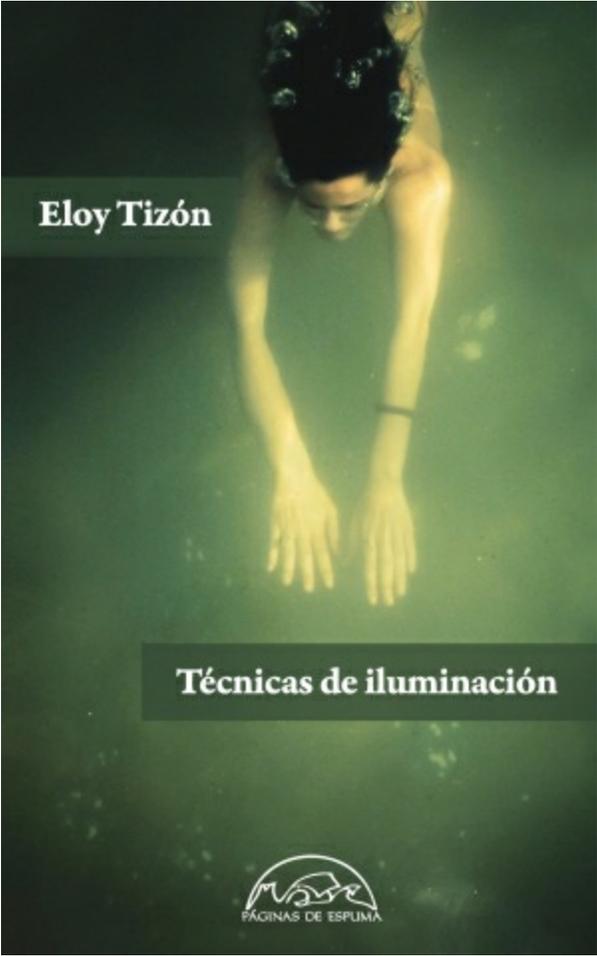
18. Nosotros creíamos que éramos malos, pero ellos en realidad eran mucho peores. Creíamos que éramos malos y solo éramos una panda de gamberros que hacían gamberradas de niños chicos. Sin sofisticaciones de Fu Manchú. Creíamos que éramos malos y tan solo éramos tontos. No tenemos verdadera formación para la maldad. Ellos son mucho peores que Landrú, Jack el Destripador, Tintín. No piensen en ellos como gente encantadora que monta en bicicleta y lee novelas de Kerouac. No piensen que, gracias a sus emprendimientos, van a rehabilitarse las vigas de madera de sus casas y van a poder caminar por unas aceras limpias de orines. *Homo homini lupus*. También ellos. Tan limpios, tan guapos detrás de barbas que camuflan sus defectos y los enmascaran. Tan veganos. Llevan la violencia dentro aunque no coman carne roja. Aunque no beban Anís del Mono. El agua de la ducha y las radiaciones de sus portátiles, la leche sin lactosa, los convierte en monstruos. Ocupan el territorio y van tejiendo sus telas de araña. Son invasores. No son tranquilos aunque oigan musiquitas estúpidas, pop blando, que ellos llaman de otra forma para no avergonzarse públicamente de sus preferencias. Son más peligrosos que todos los adoradores del diablo y todos los *heavys* que tanto le gustan a mi Azu. En la tienda del hípster hago un descubrimiento que se me quedará incrustado para siempre en mis pesadillas. Un pelo rubio, dos pelos rubios, tres pelos rubios. Como los dientes postizos de mi madre metidos en un vaso de agua y como un terrorífico cuento de Ambrose Bierce.

19. Desmayado veo como entre los lapsos de luz y de sombra de las iluminaciones de las discotecas, como entre esa alternancia de oscuridad y destellos de luz fría que nos da la sensación de que estamos parados y de pronto nos hemos movido espasmódicamente. Pies quietos. Desmayado veo: mi novia lucha, forcejea con el hípster, es una mujer fornida, él es muy alto. El cuerpo del hípster vela la blancura del cuerpo de Azu. La momia lo ve, pero no quiere líos. Él la arrastra hacia el interior de su preciosa casita de chocolate. El cuchillo contra la yugular de la Azucena. La mano de mi novia tapándose la cara. La sangre que sale de la herida. Ella intenta taponarla. Él no se lo permite. Mi novia flexiona dulcemente las rodillas. Cae al suelo. Lentamente se desangra. Él limpia con lejía su tarima flotante. No le importa estropearla, darle apariencia vetusta como a los pantalones vaqueros. Enseguida pone un plástico sobre la mesa de trabajo-disección. La descuartiza. Al rebanar los tendones da la sensación de que Azucena mueve un dedo, una articulación. El hípster echa en el caldero rebanadas de mi novia, el tríceps *colgandeiro* que hará buen caldo, las nalgas, los pechos, las pantorrillas, la grasa semoviente del tibio abdomen. Los trozos de mi novia se saponificarán con el tiempo. La respingona nariz de mi frutera se deshace, las bolitas de los ojos, sus orificios. El rostro como máscara de cera se descompone al contacto con la sosa cáustica. Este jabón no lleva manteca de cerdo ni aceite de oliva, de coco o de almendras: está hecho con otra grasa y otro ácido desoxirribonucleico. El vómito casi me ahoga cuando me da por pensar que tal vez el jabón que huele a jazmines tenga también su propio nombre y apellido. Y el de lavanda. Y el de vainilla. O quizá, el hípster solo le ha dispensado a Azu un trato tan especial. Mi amigo, el detective Arturo Zarco, me relató el caso de una mujer que apareció saponificada en una buhardilla de esta misma calle. La historia se repite. La calle, el barrio, son pompas de jabón que se funden y se meten unas dentro de las otras. El hípster remueve con un palo su caldero de brujo. Gotitas de sudor en la frente. Lleva una mascarilla para evitar las emanaciones tóxicas. El hípster añade a la pasta diferentes pigmentos. El jabón reposa un par de días dentro de un gran molde tapado con papel film. La pasta se enfría, se solidifica, y él la corta en jaboncitos con el mismo cuchillo que ha utilizado para desangrar y filetear a mi Azu. El solomillo, la babilla, los lomitos y los filetes de cadera. Con

cortes a la española. Rober se cuela en la secuencia infernal de mi desmayo. El hípster deja pasar el tiempo para que la sosa no dañe a quien utilice el jabón. Cuida del negocio y, es más, cree que la imaginación y el espíritu empresarial —tal vez, también el asesinato— se relacionan: Dan Ozzi, un hípster de Williamsburg, puso a la venta en eBay el Aire hípster de su barrio. La puja alcanzó los sesenta mil dólares. Gente espabilada. Con sentido del humor. Los jabones del hípster son los más cremosos y embriagadores. «Charlatán, sinvergüenza, embaucador, vendedor de humo y crece-pelo», la voz me sale en un hilo y, aún desmayado, veo que pasadas cinco o seis semanas, el hípster envuelve los jabones en sus celofanes. Coloca sobre cada una de estas piezas la pegatina con el marbete de «Edición especial». Pero no se da cuenta de que ni la sosa ni el calor ni ningún agente corrosivo pueden destruir los pelos teñidos de rubio de mi Azucena, que se rebelan del mismo modo que cuando no los podía recoger dentro del verdugo para pasar desapercibida mientras acometíamos nuestras desinfecciones. Veo sonreír a mi Azu al echar sal a la masa de un *cupcake* o al romper los radios de un triciclo. La veo con sus pelos rubios delatores. Su pubis negro. Abro los ojos y la cara del hípster me mira desde demasiado cerca.



20. «Charlatán, sinvergüenza, embaucador, vendedor de humo y crecepelo», la voz me sale en un hilo. El hípster me responde: «A callar, Zulueta». Conozco mi destino y mi mala ventura. Soy demasiado incómodo para estos alienígenas. El hípster sacará otra edición especial de jabones con aroma a Joya de Myrurgia y polvo de anticuario. Con aroma a flores de papel pinocho. Los llamará jaboncillos Dos de Mayo y tal vez tengan los colores de la bandera roji-gualda. Denominación de origen. Los hípsteres también tienen un gran instinto comercial para aprovechar la impronta típica. El vermú de grifo y los boquerones en vinagre. Hasta eso nos han hurtado. Mis jabones — los jabones de mi cuerpo— estarán muy pronto en sus anaqueles. El hípster se me acerca blandiendo su arma homicida sin la compasión del cloroformo. Acaso la sustancia anestésica contaminaría sus combinaciones aromáticas. Solo espero que Paco, que es tan observador, se percate pronto de mi desaparición. Que me haga un homenaje y la momificada vecina del segundo se lave las axilas con los nuevos, fragantes y castizos jaboncillos.

An underwater photograph of a person with their hands clasped in front of them, looking down. The water is a deep, dark green color, and the lighting is dramatic, highlighting the person's hands and the texture of the water. The person's hair is dark and appears to be floating or held in place.

Eloy Tizón

Técnicas de iluminación



Técnicas de iluminación

Tizón, Eloy

9788483935040

150 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué ocurrió realmente en la fiesta celebrada anoche? ¿Hubo alguna víctima? ¿Qué contiene la caja que nuestro jefe nos entrega en secreto, pidiéndonos que no la abramos, y dentro de la cual se detecta una agitación, un mínimo llanto? ¿Será un ser vivo o un mecanismo de relojería? ¿Quién es "esa otra persona que no nos interesa", que suele aparecer en las relaciones de pareja casi siempre adosada al ser amado y de la que es imposible librarse? ¿De qué clase de apocalipsis huye esa familia que abandona la ciudad con lo puesto y termina vagando perdida por el bosque? En todos estos relatos hay un reverso de sombra, un vértice de silencio, algo que no se nombra directamente pero que es una invitación al lector para que se sumerja y participe en la construcción del sentido. Para que intervenga en la extraña normalidad de estos diez sueños, y pueda encontrar un poco de claridad o un lapicero contra la desdicha. Páginas que resplandecen con luz propia. Técnicas de iluminación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Samanta Schweblin

Siete casas vacías



PREMIO
NARRATIVA
RIBERA
DEL DUERO

RIBERA
DEL DUERO



Siete casas vacías

Schweblin, Samanta

9788483935170

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las casas son siete, y están vacías. La narradora, según Rodrigo Fresán, es "una científica cuerda contemplando locos, o gente que está pensando seriamente en volverse loca". Y la cordura, como siempre, es superficial. Samanta Schweblin nos arrastra hacia Siete casas vacías y, en torno a ellas, empuja a sus personajes a explorar terrores cotidianos, a diseccionar los miedos propios y ajenos, y a poner sobre la mesa los prejuicios de quienes, entre el extrañamiento y una "normalidad" enrarecida, contemplan a los demás y se contemplan. La prosa afilada y precisa de Schweblin, su capacidad para crear atmósferas intensas y claustrofóbicas, y la inquietante gama de sensaciones que recorren sus siete cuentos han hecho a este libro merecedor del IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero. El jurado, del que formaron parte los escritores Pilar Adón, Jon Bilbao, Guadalupe Nettel, Andrés Neuman y que estuvo presidido por Rodrigo Fresán, valoró en Siete casas vacías la precisión de su estilo, la indagación en la rareza y el perverso costumbrismo que habita sus envolventes y deslumbrantes relatos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Antonio Ortuño

PREMIO
RIBERA
DEL DUERO



La vaga ambición

RIBERA
DUERO

FÁGINAS DE ESPUMA

La vaga ambición

Ortuño, Antonio

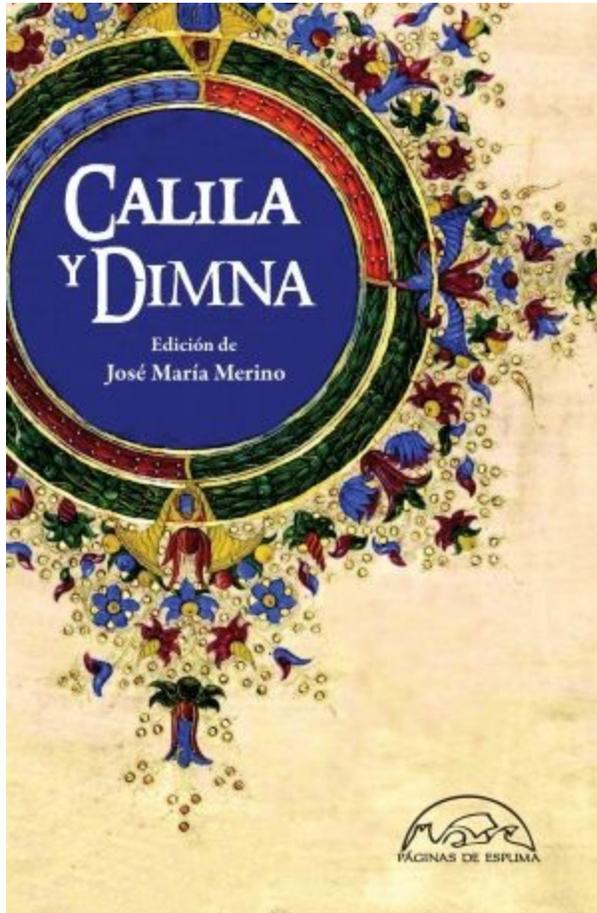
9788483936030

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La vaga ambición –título que mereció el V Premio Ribera del Duero– propone la escritura como un método de resistencia y, a la vez, como una festiva elegía; Antonio Ortuño despoja de languidez a la autoficción literaria y la hace hervir de tragedia, ironía y vitalidad. El protagonista de estos cuentos entretejidos –un escritor cuarentón, Arturo Murray– lucha y sobrevive entre la catástrofe familiar del pasado y un presente grotesco, construido con malas reseñas, entrevistas vacías, presentaciones a medio llenar, una cuenta bancaria en números cada vez más rojos... Sin embargo, a lo largo de los seis cuentos de este libro, como un Falstaff armado con sarcasmo y honda convicción dramática, Murray invoca en su defensa un ejército de memorias heroicas, una mordacidad punzante y una profunda conmoción ante la pérdida. Y, por encima de todo, la sombra de una madre que se desvanece y su convicción kamikaze de escribir, escribir siempre y a cualquier coste. El jurado, del que formaron parte los escritores Sara Mesa, Juan Bonilla y presidido por Almudena Grandes, valoró el gran dominio demostrado para desarrollar un tema común a todos los relatos, que es la naturaleza de la escritura, y la capacidad humorística que no va en detrimento de la emoción, logrando la hazaña de divertir y conmover al lector.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Calila y Dimna

Anónimo

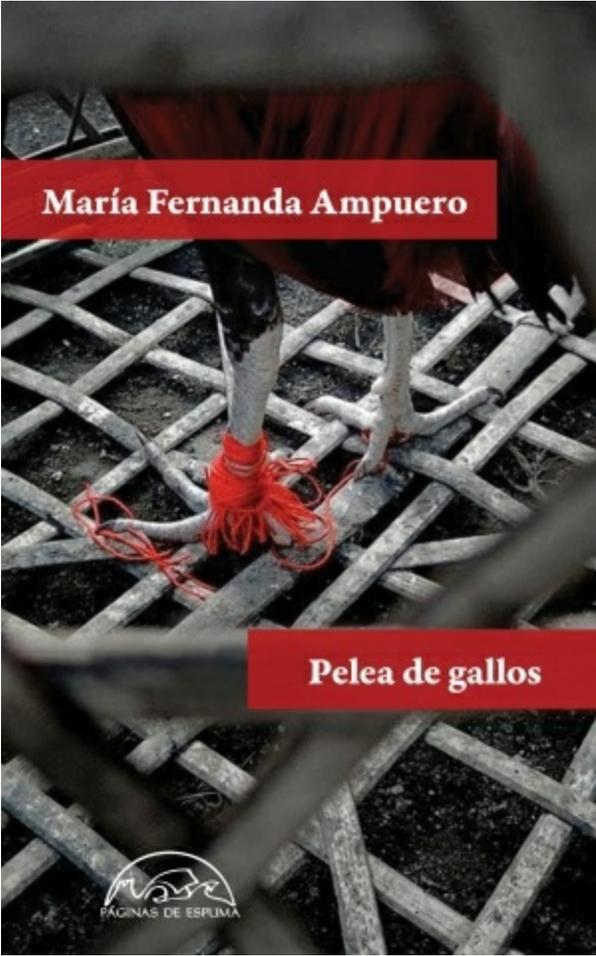
9788483936443

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si existe un monumento de nuestras letras al que merezca la pena volver una y otra vez este sería Calila y Dimna, la deslumbrante obra inaugural que, entre otras virtudes, tiene la de ser un libro plenamente vivo y un esplendoroso antecedente para la historia literaria de la lengua española. Calila y Dimna presenta un aire sorprendente de modernidad, tanto en su estructura, en que las numerosas inserciones de unos textos y de unos cuentos en otros conforman una singular formulación, como en la finura con que están descritos, principalmente mediante diálogos, los comportamientos de unos personajes que parecen proyectarse con acierto en las ambiciones y manejos del mundo en que vivimos. Y, sin embargo, hasta hoy no disponíamos de una versión completamente contemporánea.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



María Fernanda Ampuero

Pelea de gallos



Pelea de gallos

Ampuero, María Fernanda

9788483936139

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Pelea de gallos narra desde diferentes voces el hogar, ese espacio que construye –o destruye– a las personas, aborda los vínculos familiares y sus códigos secretos, las relaciones de poder, el afecto, los silencios, la solidaridad, el abuso... Es decir, todos los horrores y maravillas que se encierran entre las cuatro paredes de una casa: el espanto y la gloria de nuestras vidas cotidianas. María Fernanda Ampuero ha reunido en su primer libro de cuentos a un buen número de seres inocentes que se corrompen, gente enferma de amor, de soledad, de pérdida –personas que luchan, a su manera, contra la nítida crueldad de estar vivos– y lo hace con un libro demoledor y apegado a Latinoamérica, en cuyas páginas se van desgranando elementos culturales, políticos y sociales que retratan a un continente en su complejidad, en sus radicales diferencias y semejanzas."¡Brutal!", Mariana Enriquez"La voz de María Fernanda Ampuero es dura y hermosa; sus cuentos son objetos preciosos y peligrosos", Yuri Herrera.

[Cómpralo y empieza a leer](#)